

BOLSILIBROS
BRUGUERA
POLICIACA
SERIE
**PUNTO
ROJO**

un muerto en mi cama

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO



VIC LOGAN

UN MUERTO EN MI CAMA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 662
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Déposito legal: B 42.030 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: diciembre, 1974

© VIC LOGAN - 1974

texto

© SALVADOR FABA, 1974

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.270 — Misión en solitario.

En Colección PUNTO ROJO:

635 — Un testigo peligroso.

En Colección ASES DEL OESTE:

652 — El último en reír.

En Colección SALVAJE TEXAS:

888 — Tierra de colosos.

En Colección KANSAS:

863 — Siembra de violencia.

En Colección BRAVO OESTE:

584 — Parejas de damas para el vaquero

En Colección CALIFORNIA:

864 — Senderos de venganza.

En Colección COLORADO:

877 — La muerte visita Wyoming.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

207 — Como lobos hambrientos.

CAPÍTULO PRIMERO

Richard Craig se estaba duchando como todas las noches antes de encerrarse en su estudio para trabajar.

Era como una rutina. Lo de la ducha y lo de meterse en el estudio, aunque no tuviese nada apremiante que hacer. Le gustaba pensar ideas que luego vendería al viejo. Al fin y al cabo vivía de sus ideas, y se había acostumbrado a matar las horas entre aquellas cuatro paredes que llenaba de humo hasta que se veía precisado a encender una vela que absorbiera tanta nicotina vaporizada.

Tenía todavía el grifo a pleno chorro y tarareaba una canción mientras el agua batía contra su cuerpo fuerte y joven aún.

Richard todavía no había cumplido los treinta años y tenía un risueño porvenir, como lo probaba el haber adquirido aquella casa, seis meses antes.

La casa, a una hora de la City, en plena zona residencial, moderna, con fáciles accesos, no podía negar su condición inglesa, pero realizada con funcionalidad, alegre, con jardín y abundante césped que comunicaba con la de los vecinos, pero con espacio suficiente y garaje privado.

A Richard le había costado sus buenas libras, aunque a Dyan nunca acabó de gustarle.

Dyan era su esposa. Tenía veintiséis años, era alta, esbelta y de talante serio.

Ahora Dyan había cerrado el televisor de la salita donde acababa de tomar su último té del día y se dispuso a entrar en el dormitorio.

El agua de la ducha de su marido dejaba oír su inconfundible ruido a través de la puerta situada en el pasillo, entre la salita del té y el dormitorio.

Dyan entró en la habitación para hacer lo de todas las noches, desnudarse, ponerse una bata cómoda y sentarse en la cama para leer un libro hasta que le entrara el sueño. Era también una rutina.

Aunque a veces...

Dyan abrió la puerta y buscó el interruptor situado a la izquierda de la entrada.

La habitación quedó iluminada de una luz suave y grata. Dyan avanzó dos pasos y se quedó paralizada de terror.

—¡No...! —exclamó notando que la voz apenas le salía de la garganta.

Hizo un esfuerzo y gritó con todas sus fuerzas.

Richard no oía nada en absoluto. El ruido del agua le impidió escuchar aquel terrible grito que a Dyan le salió de lo más profundo de su ser.

La mujer tenía los ojos clavados en la forma que se hallaba tendida sobre la cama.

Como petrificada observó a aquel hombre en mangas de camisa, con la cabeza colgando y la faz ensangrentada.

Estaba muerto.

¡Un muerto en su propia cama!

Gritó otra vez.

Y el ruido del agua impidió una vez más a Richard atender aquella llamada de socorro.

El muerto tenía un aspecto grotesco, con los pómulos muy salientes, hinchados y sus ojos bizqueaban de forma repelente.

Dyan jadeó inmóvil. Una fuerza terrible parecía mantenerla rígida sin poder moverse, ni dar un paso siquiera.

No... No se trataba de un desconocido. Era alguien que tanto ella como su marido veían casi todos los días.

—¡Richard! —Haciendo un tremendo esfuerzo consiguió retroceder y como una loca salió de la habitación para precipitarse hacia la puerta del baño.

En aquel instante el ruido del agua dejó de sonar y ella gritó de nuevo intentando abrir la puerta tras la cual se hallaba su marido.

Richard asomó con la toalla arrollada a la cintura y la piel mojada todavía.

—¡Richard!

—¡Dyan! ¿Qué te ocurre? ¡Estás pálida! ¿Qué te ha ocurrido?

Ella tragó saliva antes de poder articular palabra. Al fin logró balbucir:

—En la cama, Richard... El señor Attemborough... Está... Está...

muerto.

—¡Vamos, vamos, querida! Estás trastornada...

—Entra, Richard. Entra y te darás cuenta. Es... Es el señor Attemborough.

Él sonrió levemente y avanzó hacia la habitación. Se quedó en el umbral. Dyan no se atrevía a asomar.

Richard se quedó mirando el cuerpo tendido sobre la cama y se volvió hacia la mujer.

—Bien —murmuró—. Ya sabía yo que no podía equivocarme.

Dyan no entendió al principio. Ni siquiera se dio cuenta de lo que su esposo se proponía cuando le vio avanzar hacia la cama.

Avanzó unos instantes aterrada y vio cómo Richard apretaba el cuello del cadáver.

—Anda, acércate —dijo él.

Ella avanzó un paso con los ojos muy abiertos.

De pronto, cuando Richard retiró la mano del cadáver, su cuerpo pareció deshincharse. En el silencio que reinaba en el dormitorio pudo oírse perfectamente el zumbido del aire que se escapaba.

En pocos momentos, el cuerpo quedó totalmente deshinchado. Únicamente su cabeza, perfecta y ensangrentada mantenía la misma mueca estúpida que la de su propietario en la vida real.

Richard cargó con el muñeco y dijo simplemente:

—Tenía que probar el efecto, Dyan. Y tenía que hacerlo con una persona a la que tú conocieras y pudieras identificar. Ya veo que te ha impresionado. Mi idea será un éxito. Gracias por tu colaboración pasiva.

Ella intentó gritar, pero la voz volvió a quedarle retenida en la garganta.

CAPÍTULO II

Dyan era una mujer bien educada, pero ante aquella situación se olvidó de todos sus principios.

Fue la explosión de algo que desde hacía tiempo llevaba dentro.

—No hay palabras para calificar tu actitud... Eres un monstruo. ¡Nunca olvidaré esos momentos de terror que me has hecho vivir!

—Está bien, querida. Sé que la prueba era un poco fuerte, pero lo importante es que hayas creído de verdad que se trataba del señor Attemborough, nuestro asqueroso vecino y que ni por un momento hayas visto la trampa.

—¡Y lo dices como una proeza! ¡Eres un...! ¡Dios mío! ¡Cretino! ¡Tú sí que eres asqueroso! Un canalla sin escrúpulos que sólo piensas en tus malditas ideas repugnantes y viles...

—Basta ya, Dyan. Te estás pasando. Olvidas que vives de estas ideas.

—¡Tú y tu maldito dinero! ¿Quién crees que eres? Un número en una oficina de ideas. Nunca has servido de gran cosa. Lejos de tu ambiente quién te conoce... ¡Anda, di! ¡Maldito presuntuoso! ¡El mundo entero es poco para ti! ¡Te odio! ¡Te aborrezco!

Tranquilamente él siguió vistiéndose sin inmutarse. Su voz serena contrastó con la de su esposa al decir:

—Claro, querida, por eso últimamente vienes gastando más dinero de lo normal. Seguramente porque me aborreces.

—¿Eeeh?

—Diez mil libras de nuestros ahorros comunes creo que es un buen aliciente para que sigas soportándome. No temas. Yo no hago preguntas. Ni insulto.

—Ese dinero... —Ella cambió de tono de voz. El terminó de enfundarse la chaqueta, tomó su cartera de mano y se dispuso a salir de la habitación, no sin antes atajar las palabras de su mujer.

—Ya he dicho que no hago preguntas, y puesto que te resulto

insoponible iré a trabajar a mi oficina. ¡Ah! Se me olvidaba. — Retrocedió para recoger el muñeco deshinchado que plegó dejando únicamente al descubierto la cabeza.

Salió al jardín, y cerró suavemente la puerta. Ella iba a decir algo, pero se contuvo, luego se dejó caer en una silla y estalló en un llanto explosivo.

Richard fue directamente hacia el garaje. Los pasos suaves de alguien que pisaba el césped le hicieron volver la cabeza hacia la silueta que avanzaba desde la parte trasera.

Se quedó inmóvil junto a la puerta del garaje y al cabo de unos instantes vio aparecer al hombre.

—¡Ah! Es usted, Charlie. Me había asustado.

El policía uniformado, alto, estirado, le saludó llevándose cortésmente la mano al alto y tradicional casco. Era un hombre veterano en el servicio y le gustaba familiarizarse con los nuevos vecinos de aquella zona prácticamente recién estrenada.

—Estaba efectuando mi ronda habitual, señor Craig. Hay que inspeccionarlo bien todo, sobre todo las partes más oscuras. Pronto pondrán luz en aquel sector —e indicó con un ademán la zona de detrás del jardín que iba a ser dedicada a espacio verde y zona deportiva, pero aún se trabajaba en el acondicionamiento.

—¿Hay ladrones a la vista? —sonrió Richard empujando la puerta basculante para dejar expedita la entrada del garaje.

—Nunca se sabe. ¿Qué lleva usted aquí?

El policía señaló el muñeco del que le colgaba el rostro.

—Nada. Cosas de mi trabajo.

—Se dedica usted a hacer cosas para la televisión, ¿verdad?

—Sí. Trabajo en efectos especiales y también hago guiones.

—Mi mujer ve mucho la televisión. Le encantan las cosas de policías y ladrones... como si no tuviera bastante con un policía en casa... Déjeme ver eso —insistió el policeman.

Richard se mostró contrariado y trató de quitar importancia al muñeco.

—Es un experimento para un nuevo guion. Tengo un poco de prisa, Charlie.

Pero al volverse, la cabeza cayó ligeramente quedando colgando del cuerpo deshinchado que seguía sosteniendo Richard. Charlie agrandó los ojos.

—Cielo Santo, si parece...

Richard lanzó un bufido.

—Sí... Se parece al señor Attemborough, nuestro vecino.

Instintivamente el policía miró hacia la casa de al lado. La separaban unos ocho metros aproximadamente. Se volvió de nuevo hacia Richard y preguntó:

—¿Se lo encargó él?

—No, no señor. Verá. Necesitaba hacer la reproducción de un rostro conocido. Elegí al señor Attemborough porque... bueno, es inconfundible.

—Déjeme verlo bien.

El policía sostuvo la cabeza ensangrentada con sus manos.

—Es idéntico... ¿Sabe algo de esto el señor Attemborough?

—Por supuesto que no.

—No creo que le gustase... Le ha puesto usted pintura roja. Parece sangre.

Y el policía parecía desaprobador con la cabeza. Richard le arrebató la cabeza con suavidad y decisión al mismo tiempo.

—Lo necesitaba para la prueba. Y no creo que sea ningún delito. He hecho reproducciones de personajes más importantes, Charlie. Incluso han salido por la pantalla y nadie me ha demandado por ello. Buenas noches, Charlie.

Richard entró, echó el muñeco a la parte posterior del auto y metiéndose en él lo puso en marcha.

El policía seguía en pie, a un lado de la ancha puerta. Al pasar por su lado, Richard desde el volante pidió:

—¿Quiere cerrar la puerta usted mismo, por favor? Gracias y buenas noches.

Charlie, el veterano policeman, quedó largamente pensativo, como si aquel muñeco le hiciera presagiar algo absolutamente anormal.

Era quizá su instinto de policía, su veterano olfato...

CAPÍTULO III

En la oficina técnica de los estudios, Richard tenía un pequeño departamento para trabajar a solas o en equipo cuando las necesidades lo requerían.

Buscó algo de beber en un armario y se sirvió un trago.

Todo era silencio a su alrededor.

Miró a través del ventanal encristalado donde podía ver una parte de los vacíos estudios de rodaje. Todo estaba oscuro a excepción de las luces rojas de socorro.

En la pequeña habitación la única lámpara encendida concentraba la luz sobre la revuelta mesa de trabajo.

El ruido de una puerta al cerrarse y un murmullo de voces le instó a dirigirse hacia la salida del cuarto. Al fondo del corredor, en la oscuridad unos pasos se alejaban y sus pisadas al resonar sobre el piso metálico podían ser escuchadas desde cualquier lugar del recinto.

—¡Eh! ¿Quién está ahí? —inquirió Richard en voz alta.

Al no recibir contestación buscó el interruptor del pasillo.

Al bañar la luz el corredor dejó al descubierto las puertas situadas a lo largo de la parte derecha, mientras a la izquierda una barandilla protectora formaba un balcón sobre el otro lado del estudio.

Richard avanzó unos pasos. Dos puertas más abajo había luz. Había alguien.

Antes de llegar al umbral salió la muchacha.

—¡Sonia! ¿Qué haces aquí a estas horas? —inquirió Richard al reconocer a una de las starletts.

Sonia tomaba parte en algunos programas, pero sin ningún papel definido. Estaba empezando y aparte de haber tenido pocas oportunidades le faltaba todavía mucha experiencia. No obstante poseía un físico excelente y un cuerpo provocativo aunque su

expresión desentonara a causa de una cierta timidez en su forma de comportarse.

Ella sonrió como si no supiera qué contestar.

—¿Quién estaba contigo?

—Sería mejor que no lo dijera... —musitó.

—Nadie puede permanecer en el estudio una vez cerrado. Yo tengo un permiso especial. Si alguien te viera...

—No digas nada, por favor, Richard... No sé por qué, pero tú... siempre me has parecido distinto a los demás. Todos hacen promesas, pero lo que quieren está bien claro... Quizá nunca debí meterme en esto. No es que yo sea una santa, pero me molestan algunos con sus pretensiones.

—Últimamente te vi con George. ¿Era él quien estaba contigo?

Tras un silencio ella asintió.

—Sí, Era él. Sé que no está muy bien visto aquí, pero se ha tomado interés por mí.

—¡Je! De éste deberías fiarte menos que de nadie. Es de los que ponen la zancadilla para subir, pero lo comprendo. Es joven y apuesto. ¿No?

—No está mal.

—Sí. En cualquier caso resulta más atractivo dejarse engañar por él que por el libidinoso de Brown.

Ella hizo un mohín de desagrado.

—Bueno. Olvida lo de engañar. Hoy las chicas saben lo que quieren y lo que hacen, pero... no sé por qué me parece que éste no es tu campo... No encajas, y no lo digo porque te falten cualidades, pero tú sí que eres distinta.

—Quizá porque no sirvo. No he tenido mucha suerte. ¿Sabes? Empecé de dependienta en una tienda de modas y tuve que irme porque la mujer del propietario pensó que trataba de quitarle el marido. ¡Qué estupidez! Me atraía la televisión y el dinero que se puede ganar si se tiene suerte —hizo una trascisión y añadió—: Por favor, Richard. No digas que George y yo hemos estado aquí. Nos citamos para hablar. ¿Sabes?

—Pues desde las seis habéis podido contaros vuestras vidas un par de veces cada uno. Son casi las diez.

—Sólo hemos estado media hora. George trabaja en otra cosa. Quiere ganar dinero. Ha montado un pequeño estudio de arte.

—Ya conozco este arte. ¿Te ha propuesto si querías posar desnuda para él?

—No hemos hablado de esto, Richard —repuso ella molesta.

—Bien. Entra a mi jaula. Y bébete algo. Tengo la sensación de que estás asustada.

Andaron hasta la puerta de la habitación de Richard. El apagó la luz del corredor y todo volvió a quedar a oscuras.

La luz que se desparramaba sobre la mesa de trabajo de Richard dejaba en la penumbra los rincones, en uno de los cuales se hallaba un viejo sillón y sobre él, doblado el muñeco deshinchado cuya cabeza quedaba perfectamente visible aun en la oscuridad.

—Te serviré un *whisky*.

—Gracias. No bebo —murmuró ella y miró en derredor—. ¿Es aquí donde trabajas? Nunca había entrado en tu santuario. ¿Es aquí donde surgen tus ideas?

—Mis ideas salen de aquí, querida —y Richard apuntó su propia cabeza con el índice.

Ella iba recorriendo con la mirada la estancia.

—Bien, siéntate, cuéntame cosas, haz algo... O si quieres puedo acompañarte a casa. En realidad esta noche no tengo nada que hacer.

Los ojos de Sorda se habían detenido en el muñeco. Sin poderlo remediar lanzó un grito.

—¡Ah!

Tenía la mirada fija en la faz ensangrentada de «Attemborough».

—¡Bah! ¿Tú también...? No has visto nunca un muñeco.

—¡Attemborough! —murmuró ella sin apenas voz.

—¿Le conoces? —Richard no pudo por menos que sentirse intrigado—. ¡Contesta! ¿Conoces a ese hombre? —insistió.

—No, no...

—Le has llamado por su nombre...

—Le vi una vez...

—¿Dónde?

—Hace una semana o así... Fui a tu casa.

—Tú nunca has estado en mi casa, Sonia.

—George te trajo algo urgente. El viejo se lo pidió. Yo iba en su coche y me quedé fuera.

—Sí. Recuerdo que George estuvo en mi casa —murmuró

Richard pensativo—. Pero ¿cómo sabes el nombre de mi vecino?

—Pues... Tú mismo lo pronunciaste cuando saliste acompañando a George. Yo estaba allí en el coche... Saludaste a tu vecino. Recuerdo que le llamaste Attemborough... ¡Oh! Es un rostro que no se olvida. Tiene algo extraño. Da escalofríos... De veras... No sé qué sentí cuando le vi allá... en el jardín.

Él se quedó mirándola largamente en silencio. Ella parecía hipnotizada por la presencia de aquel muñeco.

Al fin Richard rompió el silencio, cogió a la muchacha suavemente por los hombros y la miró a los ojos.

—Tienes muy buena memoria para los nombres, Sonia. Muy buena memoria...

CAPÍTULO IV

Se hallaban los dos frente a frente en la mesa de un bar, cerca de Picadilly.

—Bueno... Creo que ya te he contado casi toda mi vida. Y en realidad no sé por qué lo he hecho... Ni siquiera nos conocemos.

—Nos vemos todos los días —murmuró él.

—Verse no es conocerse. A veces no se conocen a las personas ni siquiera viviendo años con ellas.

—Tienes razón —dijo Richard pensando en sí mismo—. Pero tú no tienes experiencia.

—La tuve en mi familia, Richard. Ésa es otra parte de mi historia. Más triste que lo que te he contado. Mi padre se emborrachaba y pegaba a mi madre que acabó bebiendo. Original, ¿verdad?

—Todos tenemos problemas.

Ella creyó comprender.

—Tu esposa, ¿no?

—Tuvimos una pequeña discusión a causa de Attemborough —y al decirlo esperó la reacción de ella.

La expresión de Sonia cambió. Pareció sobresaltarse. El la calmó, añadiendo:

—Me refiero al «muñeco».

—Sí, claro...

—De verdad, Sonia. ¿De qué conoces a Attemborough?

—Pero si ya te he dicho que lo vi en el jardín de...

—La verdad, Sonia —murmuró él suavemente.

—Si no me crees...

—No te creo. Estás alterada. A mí me gusta observar las reacciones de la gente. Me conviene para mi trabajo.

—Debiste haberte hecho policía.

—Si ser policía es ser vigilante, ya lo soy. Soy vigilante de la

vida misma. La observo. Tú has adivinado que yo había discutido con mi esposa.

—Eso salta a la vista —repuso ella aliviada de que Richard no siguiera atosigándola con preguntas sobre Attemborough—. Un hombre joven que va a la oficina cuando no hay nadie y que no tiene nada que hacer en ella sólo puede buscar la soledad. Tú tienes una mujer joven y hermosa, llevas poco tiempo casado con ella. Si no estás a su lado es que algo no va bien.

—Excelente observación para una muchacha de veintitrés años... Pero no nos desviemos. Hablábamos de Attemborough.

—No insistas.

—Sí, Sonia. Y el motivo de que estemos aquí tú y yo, no es porque necesite compañía. Te traje para hablar de Attemborough.

—Al menos eres sincero.

—Siempre he procurado serlo, aunque a mi alrededor sólo he encontrado mentiras —y luego, tras un silencio, añadió—: Me gusta tu compañía, Sonia, pero no soy de los que por despecho se lanzan en brazos de la primera mujer que les sale al paso después de una regañina conyugal. Eso no quiere decir que no sepa apreciar tus encantos y tu inteligencia. Sé que estás en condiciones de hacer feliz a muchos hombres. Lo presiento. Pero a mí me interesa Attemborough. Y quiero, por favor, que me digas la verdad...

Richard hablaba con una suavidad que obligaba a llevar a su terreno al interlocutor que tuviera enfrente. Sabía presionar sin estridencias gracias a un innato poder de persuasión.

Ella bajó los ojos y al fin murmuró:

—Tú... ¿Eres también una víctima?

—¿De Attemborough?

—Sí.

—Pudiera ser.

—Tu... mujer...

—No lo sé.

—Está bien, Richard... Ahora lo sabrás... Recuerda que hace poco al contarte mi vida te dije que había tenido relaciones formales.

—Sí...

—Omití un detalle importante que no me gusta recordar. Fue hace un siglo... Al menos eso me parece. Yo tenía dieciséis años...

Vivía por mi cuenta, todos decían que tenía buen tipo... En una palabra, Richard: hice strip-tease en un local de ínfima categoría. No me pagaban lo suficiente y tenía que soportar muchas groserías, pero aun así ganaba más en una noche que en un mes de trabajo. Muchos sacaban fotografías clandestinamente, y todas las noches lo mismo... Creo que me di cuenta a tiempo de que estaba haciendo una estupidez y lo dejé... Un año después fue cuando entré en la tienda de modas. Todos me echaban más años de los que tenía... El prometido de quien te he hablado era el hijo de una cliente... Te asombrarías, Richard... *Lady*... Bueno, el nombre no importa. No era una mujer cualquiera y su hijo tampoco... Un día él fue a buscar a su madre y nos conocimos. A partir de entonces mi vida cambió... Pero mi felicidad duró poco. Arthur quería casarse.

—Arthur... ¿Qué más? —interrumpió Richard.

—He dicho que nada de nombres —repuso ella.

—Está bien, sigue.

—Hay poco más que decir... Se iba a fijar la fecha de la boda. Uno de aquellos días recibí una fotografía. Es decir, varias fotografías. Era yo.

—Comprendo.

—Me habían retratado mientras actuaba en aquel horrendo espectáculo de strip-tease. Luego recibí una llamada telefónica.

—Chantaje.

—Tenía que entregar dinero o Arthur sabría con qué clase de persona se casaba.

—Tú no tenías dinero.

—Pero tenía la oportunidad de conseguirlo. Arthur era muy generoso. Antes de la boda había abierto una cuenta a mi nombre para que pudiera elegir lo que me hacía falta.

—Sí que era generoso —admitió Richard.

—No quería humillarme pagándomelo todo él. Yo le había dicho la verdad. No tenía nada. Ni alcurnia, ni dinero. Eso a él no le importaba. Me quería en su castillo, pero había comprado un apartamento en la ciudad para pasar los primeros tiempos... Era un sueño. Sí, lo era porque desperté bruscamente de él.

Hizo una pausa que Richard respetó. Luego Sonia continuó reviviendo aquella época amarga de su vida.

—Yo podía disponer de una suma. Era lo que el chantajista

quería. No me atreví a contarle la verdad a Arthur, ni quería hacerle daño apropiándome de su dinero. Sabía que me jugaba en ello mi felicidad, pero comprendí que el chantaje seguiría después, siempre...

Otra pausa para que la muchacha prosiguiera:

—Aunque parezca extraño en estos tiempos, Arthur es un puritano. No perdona. Es liberal. Su familia todos un encanto. Me miraban un poco por encima del hombro, pero me admitieron... Un día hablaban de esas chicas que se desnudan en público para posar en fotografías o para hacer un espectáculo como los que hacía yo. Arthur fue muy convincente. «Esas mujeres son viciosas, dignas de ser lapidadas...». Hubieras tenido que oírle. No pude más. Era imposible decirle la verdad... Y llamar a la policía hubiese significado el escándalo... Preferí hacer lo que hice. Desaparecer de la vida de Arthur. Sé que fue un golpe para él, pero no tenía otra salida.

—Y el chantajista... era Attemborough, ¿no es así?

—El canalla de Attemborough. No obtuvo ni un céntimo y no volví a verle... hasta hace una semana. Ahora ya lo sabes todo.

Richard quedó largamente pensativo.

CAPÍTULO V

No era la primera vez que Richard regresaba a su casa a las tres y media de la madrugada. Especialmente en los días de rodaje en los que su presencia era indispensable, pero aquélla era una noche excepcional. Había salido tras la discusión con su mujer, se había encontrado en el estudio con Sonia. Habían hablado de Attemborough. Después...

Bueno. Lo importante es que el tiempo se había esfumado y Richard regresaba a su casa algo cargado por la bebida, pero consciente aún. Brillaban las farolas y había un elevado tanto por ciento de humedad que se calaba en los huesos.

Dejó el coche en el garaje y después de cerrar la puerta basculante se metió en casa.

Encendió la luz y fue directamente a la cocina a prepararse un café. Lo necesitaba. A él el café no le desvelaba y, en cambio, le ayudaría a despejarse por si su mujer se despertaba y le daba por proseguir la discusión que él interrumpió.

—Le hablaré claramente —dijo hablando consigo mismo al entrar en la cocina—. Le diré que me ha mentado... Tendrá que decirme qué demonios viene a buscar Attemborough a esta casa. Si tienes algo que ocultar, Dyan..., si ese hombre te saca dinero, háblame claro. Dime la verdad, soy tu marido. No he dejado de quererte... No he dejado de quererte... Tú no comprendes que yo... ¿No comprendes que es horrible vivir con alguien de quien tienes la certeza de que te oculta algo...?

Mientras el agua se calentaba en el gas, Richard en su soliloquio recordaba claramente el primer día que al regresar a su casa fuera de la hora habitual, vio cómo su vecino salía de su casa.

El rostro repugnante de Attemborough sonreía a su mujer y ella parecía sonreírle también.

Entonces tuvo que dar la vuelta para hacer la maniobra con el

auto...

—¿Has tenido visita? —le había preguntado él.

—¿Visita? Acabo de levantarme de la cama. Tú no vienes nunca a esta hora. No pensé que estuvieras aquí para el almuerzo —fue la respuesta de Dyan.

—¿No almuerzas cuando yo estoy aquí?

—Tomo un bocadillo. Eso se prepara fácilmente.

—Sí, claro. ¿De veras no has tenido visita?

—No. No ha venido nadie.

Hubiera sido muy sencillo decir que el vecino había ido para pedir cualquier cosa. Unos alicates, por ejemplo. O sal... Cualquier cosa. Pero ella negó y Richard había empezado a sospechar...

Por eso en días sucesivos dejó el trabajo para regresar a su casa, pero en tales ocasiones no entró, se limitó a espiar y su vigilancia había dado sus frutos. Attemborough volvió a la casa. No sólo una vez, sino varias. Tres, cuatro... Cinco.

Y Dyan jamás mencionó aquellas visitas. De noche Attemborough también hacía visitas a su esposa... en los días en que él. —Richard— tenía que acudir a los estudios.

Eran visitas que duraban media hora a lo sumo. A veces más. ¿Qué podía pensar? ¿Qué hubiese imaginado cualquiera de esas visitas...?

Sin embargo, aquella noche, casi por una casualidad, se había enterado de algo muy importante, tan importante como esa faceta de Attemborough en plan de chantajista.

¿Era ése el motivo por el cual el vecino visitaba a su mujer?

¿Era por eso por lo que la cuenta mutua había descendido de forma alarmante en las últimas semanas?

Sí. Sólo podía existir una razón para ese gasto injustificado: el chantaje.

Pero ¿qué era lo que pretendía ocultar Dyan? ¿Por qué motivo le sacaba dinero el repugnante Attemborough?

«No has tenido la suficiente confianza en mí, Dyan —le diría—. Yo soy capaz de perdonarte todo porque... te quiero, Dyan... Aunque finja mostrarme indiferente, te quiero, pero vivo amargado por tu falta de confianza. Me siento defraudado. Ahora es el momento de decir la verdad. Sea lo que sea, Dyan... Quiero saberlo. Yo... no quería aterrorizarte cuando metí el muñeco en tu cama...

Era..., era un modo para abrirte los ojos, para decirte que estaba enterado, para asustarte y obligarte a confesar. Era... lo digo sin ambages... una especie de venganza a cuenta de lo mucho que me has hecho sufrir. Perdóname por ello, pero dime la verdad. Dímela de una vez, Dyan...»

El pitido de la cafetera volvió a Richard a la realidad.

Sacó el café del fuego y se sirvió una taza.

«No nos conocemos. Sonia lo ha dicho. Se vive años con una persona y no se llega a conocer nunca. Yo tampoco he hablado claro. Pero... tenía miedo a perderte, Dyan, porque te quiero. Te quiero...»

Tomó un sorbo de café. Buscó un cigarrillo en sus bolsillos y lo encendió.

«Hemos estado engañándonos como dos estúpidos. Como dos colegiales... Quizá yo también sea culpable Dyan...»

Lanzó al aire una bocanada de humo y se dirigió hacia el dormitorio.

—Unidos, ni Attemborough ni nadie puede vencernos... —murmuró.

Empujó la puerta.

La habitación estaba a oscuras. El silencio era total. Avanzó sin hacer ruido. Tampoco quería despertarla, aunque deseara con todo su corazón aclarar las cosas.

Ahora le dolía haber dudado e incluso estaba dispuesto a olvidar la falta de confianza que Dyan le había demostrado al no hablarle con sinceridad.

Estaba junto a la cama y con la mano buscó el conmutador de la luz de su mesilla de noche.

Dio la luz y se volvió hacia la cama.

Sus ojos se agrandaron. Por un instante sintió que la sangre se inmovilizaba en sus venas y a través de su columna vertebral desfilaba un batallón de hormigas.

—¡No! —balbució en un susurro.

Sobre la cama, en mangas de camisa como solía ir siempre había el cuerpo de un hombre.

¡El cuerpo de Attemborough!

No... No se trataba de una visión, ni era un muñeco hinchable. Era Attemborough en persona. ¡Y estaba muerto!

CAPÍTULO VI

—¡Dyan! ¡Dyan! —Era tan inútil gritar como buscar. Dyan no estaba en casa.

En la mesa del *hall* encontró la nota que antes no había visto. Era letra de su mujer:

«Lo siento. Creo que desde este momento la vida en común sería insoportable para ambos. Me voy. Es lo mejor para los dos. No me busques. Si quieres la libertad te la concedo desde hoy mismo. Lo siento».

«Dyan».

—No... —murmuró él estrujando aquella nota entre sus manos.

Un pensamiento acudió a su mente imaginativa y creyó vivir una hipotética escena.

Sí... Bien pudiera haber ocurrido del modo que él estaba imaginando.

Attemborough había ido a su casa en busca de más dinero. Ella. —Dyan— se negaba. Le resultaba imposible sacar más fondos de la cuenta común. Discutieron y Dyan, acorralada, ofuscada, atacó al chantajista...

Richard regresó al dormitorio. Attemborough seguía sobre la cama con una herida en el pecho. El arma homicida estaba en el suelo. Un cuchillo de cocina.

El cuchillo les pertenecía a ellos. No cabía la menor duda, ella le mató...

—Dyan... —murmuró ante la enorme responsabilidad en que se hallaba sumido.

Consultó el reloj. Las 3,40 minutos de la madrugada. Pensó rápidamente, lamentando que sus ideas no fluyeran con la claridad de otras veces.

—Lo primero que tengo que hacer es deshacerme del cadáver... No será difícil.

No era lo mismo que escribir un guion que siempre sale de acuerdo con lo que ha planeado el autor.

Corrió hacia la habitación donde guardaban baúles, maletas y otros trastos.

Buscó entre los montones de cosas. El baúl. Sí. Había un baúl. Por un momento se le antojó algo demasiado sospechoso, burdo... ¿En cuántas historias aparece siempre el consabido baúl que sirve de envase para el cadáver de tumo?

—¡Al diablo! No tengo nada más a mano...

Sacó el baúl y lo llevó hasta el dormitorio. Mentalmente tomó las medidas del cuerpo de Attemborough. Luego abrió la tapa y fue a buscar el cadáver.

Pesaba. Un cadáver pesa mucho más que un ser vivo, aunque en apariencia tenga poco peso. Attemborough estaba bastante rígido. No fue fácil introducirle dentro. Los brazos se negaban a doblarse y las piernas a encogerse.

Richard sudó a pesar de que la temperatura en la casa no era ciertamente cálida.

Logró taponar el baúl y lo aseguró con los cierres laterales, luego lo arrastró hasta la salida. Antes de abrir la puerta se enfundó la chaqueta y luego salió a echar un vistazo.

El lugar estaba solitario. El silencio era absoluto y la oscuridad quedaba únicamente rasgada por las farolas.

Arrastró el baúl que rebotó sobre los tres peldaños que daban acceso a la entrada de la casa. Luego lo levantó para que no dejara huellas en el césped, hasta situarlo a la entrada del garaje cuya puerta hizo bascular para dejar libre la entrada.

El ruido de un coche al aproximarse y los focos del mismo hicieron que se detuviera en su trabajo.

El automóvil disminuyó su velocidad al aproximarse a la casa y quedó detenido casi enfrente del sendero entre el césped de ambos jardines.

Richard permaneció inmóvil como una estatua junto al portal del garaje.

El auto permaneció allí detenido con el motor en marcha.

«Pero ¿quién puede venir a estas horas? —se preguntó Richard

—. ¿Acaso un visitante para Attemborough? ¿A casi las cuatro de la madrugada? ¡Conocía tan poco de Attemborough y de sus costumbres!».

El motor del coche aceleró de nuevo y, por fin, su conductor volvió a ponerlo en movimiento.

Tal vez una pareja que se habían detenido unos instantes..., quizá para besarse... ¡Qué importaba! Lo que sí era importante de veras es que se hubiese marchado.

Richard continuó su tarea. El baúl no cabía en su automóvil, ni en el maletero ni en la parte posterior. Sólo había una solución. Ponerlo arriba y asegurarlo con cuerdas. ¡Tendría que llevarlo a la vista!

Quizá era lo mejor.

Le costó muchos sudores colocar el baúl en la baka del coche. Lo consiguió al fin y lo aseguró convenientemente.

Quince minutos más tarde, estaba ya al volante de su coche enjugándose el sudor.

No se había preocupado de dar un repaso al interior de su casa. Lo que le importaba en aquellos momentos era alejarse de ella antes de que amaneciera. No quería que nadie pudiese verle a él o identificar su coche con el baúl.

Salió del garaje, paró para cerrar la puerta basculante y volvió para largarse a escape.

En la siguiente esquina, metido ya en la calle transversal el mismo automóvil que antes se había parado unos momentos frente a la casa estaba detenido.

Cuando el coche de Richard pasó como una exhalación, el otro auto se puso en marcha.

La bruma aumentaba a medida que avanzaba el nuevo día. Era normal en aquella zona que recibía toda la influencia marítima por las corrientes que llegaban del Támesis.

La niebla obligaba a Richard a tomar precauciones cuando enfiló la carretera que discurría por los altos acantilados, ya a más de sesenta kilómetros de su residencia.

Era un lugar poco transitado y mucho menos a aquellas horas. Pero la condenada niebla le impedía orientarse. Sin embargo, Richard tenía una idea más o menos clara del lugar que buscaba. Recordaba haberlo visitado en compañía de su esposa en los

primeros días de su estancia en la zona, cuando compró la nueva casa. Entonces aún no había tenido ocasión de conocer a Attemborough, ignoraba quién era su vecino.

—Esto es muy hermoso —había dicho él a su esposa.

—Todo lo encuentras hermoso.

—La naturaleza es hermosa... Como tú... Eres un producto de la naturaleza.

—¿Te casaste conmigo sólo porque me encontraste hermosa?

—Me casé contigo porque te quería... Y te quiero, Dyan...

Eran recuerdos pasajeros, fugaces... ¡Qué lejos estaba entonces de imaginar lo que iba a suceder!

¡Aquel condenado vecino!

¡También fue mala suerte elegir aquella casa!

Se detuvo de pronto y trató de taladrar la niebla que parecía disiparse por la parte marítima.

Hizo avanzar el coche lentamente hasta salirse de la carretera.

Las ruedas crujieron al pisar los guijarros. Se detuvo al fin, salió y avanzó entre las brumas.

Llegó hasta el borde del acantilado. Allí la altura debía ser de unos cuarenta metros por lo menos. Al fondo las olas batían contra la pared rocosa. Era un lugar profundo. Richard lo sabía.

Volvió hacia el coche y bajó el baúl...

CAPÍTULO VII

Desde el borde del acantilado, Richard vio perfectamente cómo el cadáver de Attemborough se hundía entre las olas. Aguardó unos instantes para comprobar que había desaparecido por completo en las profundidades.

Más tarde, cuando el sol asomaba tímidamente intentando abrir un hueco entre la niebla, Richard estaba ya en su casa, mientras el horno consumía los restos del baúl utilizado para transportar el cadáver.

La casa estaba en perfecto orden. Una y otra vez Richard lo había inspeccionado todo sin encontrar detalle alguno que pudiese indicar la posibilidad de que Attemborough hubiera estado allí.

Richard estaba frente a un humeante café después de haberse tomado una ducha para sacudirse el sueño y el cansancio de la agitada noche. Ahora miraba a través de la ventana como si esperara algo o a alguien...

Se dirigió al teléfono y marcó un número. Aguardó y cuando al otro lado del hilo descolgaron empezó a hablar.

—¡Carol! ¿Eres tú? Soy Richard...

—¡Richard! Precisamente estábamos hablando de ti.

—¿De veras? Supongo que no será para nada bueno. —Se fingió risueño y añadió—: Dile a Dyan que se ponga, porque supongo que estará contigo, ¿eh?

—¿Dyan? Si hace siglos que no os veo a ninguno de los dos.

—¿Dyan no está contigo? —Precisamente si Richard había marcado el número de la más íntima de las amigas de su esposa es porque pensaba que se había refugiado allí.

—¿Es que tenía que estar aquí? —preguntó Carol a su vez.

—Pues no sé... Salió de casa y...

—¡Richard! Son las ocho de la mañana y vivo a cuarenta kilómetros de tu casa. ¿A qué hora marchó Dyan?

—Bueno, es que...

Carol era un torrente cuando empezaba a hablar y muy lista. Richard lo sabía. Sabía que era de la clase de personas que se hinchaban a preguntar, pero que no deja que su interlocutor pueda contestar.

Y Carol interrumpió picarescamente:

—Eso significa que tu mujer se marchó anoche y todavía no ha vuelto.

—¡Qué sagacidad!

—¿De veras he adivinado? ¡Oh, Richard! ¿Qué os ha sucedido? ¿Una regañina?

—Carol. Esto es serio. ¿Está Dyan o no está?

—Claro que no está.

—¿Y tú con quién estás? Hace un momento me has dicho que estabas hablando de mí.

—Con una vecina —protestó Carol—. Era referente a un programa de televisión...

—¡Para programas estoy ahora! Oye, Carol. Olvida que te he llamado, excepto en el caso de que Dyan se deje caer por tu casa. ¿De acuerdo?

—Pero ¿qué ha pasado? ¡Richard! ¡Richard!

Él no contestó. Colgó. Lo que le importaba era localizar a su mujer. Decirle que no se preocupara por nada, que había hecho desaparecer el cadáver y luego... Luego pedirle que hablaran seriamente los dos. Que se sinceraran y que ella. —Dyan— le contara sus más recónditos secretos.

Marcó otro número. Esa vez la llamada era para una amiga más lejana, de los tiempos en que Dyan cosía para un modista, la señora Porter.

—Señora Porter... Sí... Sé que es muy temprano, pero soy Richard Craig... ¡Craig! Es posible que no me recuerde... Bueno, se trata de mi esposa, Dyan. A ella la recordará...

Tuvo que esperar unos instantes. La señora Porter era muy parsimoniosa y lenta de pensamiento.

—No... No he visto a Dyan desde hace mucho tiempo... ¿Está en apuros? ¿Tiene problemas?

—No, señora Porter... Olvídelo. Adiós.

Colgó.

¿Dónde..., dónde diablos había ido a refugiarse su mujer?

Buscó en el listín personal y no encontró ningún número convincente. Al menos que perteneciera a algún lugar donde Dyan hubiera podido ir a pasar la noche.

Tomó el coche y decidió salir. En realidad no deseaba ir por el estudio. Sólo pensaba en lo sucedido y ello le impedía concentrarse en ninguna otra cosa.

Tomó un té con leche en una cafetería de la carretera y revivió lo acaecido en las últimas horas. Le pareció como un sueño, una pesadilla. Algo que hubiera escrito para la televisión, algo irreal.

¡Y, sin embargo, había sucedido!

«¿Dónde está Dyan?», ésa era la pregunta que no cesaba de formularse.

Casi sin darse cuenta llegó a los estudios. Era como una rutina. Sí. Después de todo debía comportarse con naturalidad.

La primera persona con la que se tropezó fue con Sonia. Y la muchacha le sonrió tímidamente, como solía hacer siempre.

—¿Ya has hecho las paces con tu mujer? —inquirió ella.

—No he tenido ocasión.

—Lo siento —y Sonia siguió su camino sin dar ninguna importancia al asunto.

El problema seguía siendo de Richard. Un problema que se agravaba con el paso del tiempo.

Richard, al cabo de algún tiempo de permanecer en la oficina, decidió hablar con el «viejo».

Era su jefe. El productor ejecutivo de su departamento. El hombre que quería ideas claras y precisas.

—Lo siento, Gus, me encuentro cansado, creo que me vendrán bien un par de días de descanso. ¿Te importa?

—¿Qué demonios te ocurre? Estoy preparando la serie de Terry Blake. Contaba contigo...

—Ya habrá tiempo. Sabes que cuando me pongo a trabajar soy rápido.

—Quería tener un cambio de impresiones con la gente del departamento.

—Ahora no puedo, Gus. Mis ideas son nulas.

—¿Tienes problemas?

—Es un asunto de cansancio. Adiós, Gus. Sólo un par de días.

Salió del estudio. Necesitaba concentrarse. Sobre todo, lo que necesitaba era encontrar a su mujer.

CAPÍTULO VIII

Aunque hubiese querido evitarlo, una fuerza interior le empujó hacia el abismo donde había arrojado el cuerpo de Attemborough. Allí no existía la menor señal de su paso, ni circunstancia alguna hacía sospechar de que el cadáver arrojado desde el acantilado hubiese sido descubierto.

Continuó por la red de carreteras secundarias que bordeaban la zona y sin darse cuenta terminó en casa de Carol, la amiga íntima de Dyan.

—¡Vaya! El marido desesperado anda buscando a su mujer.

—Tú bromeas con cualquier cosa, Carol... —repuso él.

La inefable Carol no era fea. Tampoco se trataba de una belleza, pero tenía algo atractivo que emanaba de su personalidad. Habladora hasta la saciedad, sabía a veces —pocas— comprender hasta dónde podía llegar.

Simpática lo era. Sobre todo si se hablaba de trivialidades sin profundizar. Era una muchacha —tenía la misma edad que Dyan— para pasar el tiempo de forma divertida, sin preocupaciones. Carol parecía estar siempre dispuesta al diálogo. Le gustaba la compañía, aunque generalmente vivía sola en el cottage de sus padres, en la campiña, a veinte minutos del centro de la pequeña localidad costera, cerca de Dover.

—Anda, pasa... Te prepararé lo que quieras si es que lo tengo... —le invitó.

Ella estaba en el jardín cuidando sus primorosas flores. Las tenía de todas clases, las mimaba. Eran su *hobby*. Igual que aquella casa a la que no hubiese renunciado por nada del mundo. Seguía soltera y no parecía desear compañía masculina de ninguna clase. Era feliz tal como era, aunque hubo algún tiempo en que estuvo deseando que Richard la pidiera en matrimonio. El que el hombre hubiese elegido a Dyan era algo así como un muro que en los primeros

tiempos les impedía desenvolverse con franqueza. Luego ya se vieron menos y después los años —cinco— habían sumido el pasado en recuerdos.

Carol, sin embargo, no había cambiado. Parecía la misma, y si alguna vez se mostró sentimental y romántica eso sólo lo sabía Richard, y estaba seguro de ser el único poseedor de su secreto. Algunas veces llegó a pensar que Carol le odiaba por aquello.

—¿De modo que sigues sin saber nada de tu mujer? —sonrió ella una vez él se hubo sentado de la misma forma que un cliente en la sala de espera de un médico.

—No. Hace ya un par de días, Carol. Esto nunca había sucedido.

—¿Por qué fue la disputa, si puedo saberlo?

—No va al caso —repuso él encogiéndose de hombros.

—¿Culpa de quién? —siguió interrogando ella.

Richard volvió a alzar los hombros.

Ella regresó con un *whisky*. Dejó el vaso y la botella al alcance de su visitante y siguió indagando:

—¿Palabras graves? ¿Ofensas?

—Deja ya de interrogar, Carol. Todos los matrimonios discuten. No somos los primeros:

—¿Se había marchado alguna vez de tu casa? —Y ante la incisiva mirada de Richard, Carol se defendió—: Bueno, hombre. Si quieres que te ayude necesito saber. No te preocupes, no deseo conocer intimidades. Os supongo un matrimonio normal.

—Carol, por favor, deja de hablar. Ni siquiera sé qué estoy haciendo aquí.

—Bueno. Yo siempre fui la mejor amiga de Dyan. Es lógico que acudas a mamá Carol.

—No te hagas la interesante.

—Yo nunca me he hecho la interesante —y esta vez Carol contestó con seriedad. Su gesto de modo fulminante se había tomado grave, agresivo.

Fue un instante. Su parte risueña volvió a manifestarse con una ancha sonrisa.

—Bebe y cuéntame hasta donde yo pueda saber. Me gustaría ayudarte, Richard, de veras —aquí la actitud de Carol se había tomado maternal.

—Discutimos hace dos días. Yo... le gasté una broma. Tenía

ciertos motivos para gastársela. Ella se lo tomó a mal. Me fui a trabajar a los estudios y al regresar se había ido. Eso es todo.

—Hummm. ¿Por una broma? ¡Vamos, vamos, Richard!

—Tú la conoces, Carol. Dyan siempre ha sido poco amante de las bromas... Al menos cuando yo la conocí...

Carol volvió a mostrarse seria, casi adusta.

—Sí. Por supuesto ella era mucho más seria que yo.

Cuando Richard elevó la mirada para encontrarse con los ojos de Carol, ella cambió de expresión y sonrió de nuevo.

—¡Bah! Todo se resolverá. Ya verás. O no conozco a tu mujer o... verás como vuelve como si nada hubiese ocurrido..., si es que no ha ocurrido nada...

—Carol. Tú la conocías antes que yo. Mucho antes.

—Fuimos amigas desde niñas. Íbamos al mismo colegio y luego continuamos juntas... Nos colocamos en la misma tienda... Eran los tiempos que yo quería emanciparme... Yo... nunca necesité trabajar.

—Ella no era rica —murmuró Richard.

—Ricos o pobres son términos relativos. ¡Bah! Mi familia tenía una cierta posición, pero yo aspiraba a algo más y viví de lo que ganaba. Igual que Dyan.

—¿Ocurrió algo en aquella época, Carol? Quiero decir si... si ocurrió algo que... Bueno... —Richard no sabía cómo enfocar la cuestión. Se daba cuenta que en su afán por conocer algo del pasado de su mujer había hablado demasiado.

Carol era demasiado lista para no comprender el alcance de la pregunta que Richard acababa de formularle a medias.

—¿Temes que Dyan pueda ocultarte algo? —sonrió casi complacida.

—¡No temo nada, Carol! Simplemente te hice una pregunta.

—Bueno... Yo no conozco la vida privada de tu mujer. Lo que ella hacía una vez nos separábamos no era de mi incumbencia... Y... jamás hablábamos de nuestras..., digamos intimidades.

Carol parecía complacerse en torturar a Richard. En sembrar la duda en su mente. Era como si experimentara una sensación voluptuosa en hacerlo. Y vigilaba las reacciones del hombre.

Richard también la observaba. Adivinaba sus pensamientos y presentía que Carol gozaba viéndole sufrir... como si de esa forma

se vengara de aquellas relaciones que jamás llegaron a cuajar.

—No soy celoso, Carol. Te lo advierto. Cuando te pregunté sobre los tiempos anteriores a mi aparición en la vida de Dyan, no lo he hecho pensando en nada determinado.

—Pero lo has preguntado... ¿Qué ha sucedido en realidad entre los dos, Richard?

El se puso en pie.

—Nada. Lo siento. He venido a importunarte.

—Al contrario, Richard. ¿Por qué no te quedas a almorzar? Precisamente estaba preparando un guisado de pato.

—Te lo agradezco.

—¿No quieres probar mis especialidades culinarias?

—Quizá en otra ocasión.

Se miraron en silencio. Por unos instantes Carol se olvidó de su expresión burlona, como si sintiera pena por Richard. Luego sonrió de nuevo y franqueó la puerta para que él saliera.

—Espero que tus problemas se resuelvan —dijo sencillamente.

—Si ella acudiera a ti, Carol, sólo te pido que le digas... Bueno. Dile simplemente que yo la espero. Que todo está en orden. No te olvides.

—Se lo diré —aseguró ella.

Richard regresó al coche que había dejado en el recinto exterior del cottage.

Carol le vio perderse por el sendero que conducía hacia la carretera. El día estaba nublado. Destacaba el color gris y el viento obligaba a respirar una atmósfera desapacible.

Cuando Richard regresó a su casa, alguien le estaba esperando.

La policía.

CAPÍTULO IX

La policía estaba representada por el agente Charlie y el oficial Sheiland de la brigada especial de la zona.

—¿En qué puedo servirles? —inquirió Richard facilitando la entrada a los dos policías.

—Venimos en misión oficial, señor Craig —advirtió Sheiland. Luego se presentó y añadió—: Usted ya conoce al agente Shcribs.

—Por supuesto. ¿De qué se trata? —Richard intentó aparentar absoluta normalidad.

—Hemos intentado localizarle...

—He estado ausente un par de días —puntualizó él.

—¿Su esposa? —inquirió Sheiland.

—No está en casa.

—Entonces... ¿Está usted solo?

—En estos momentos, sí. Pero no comprendo...

—Bueno, en realidad quería hacerle unas preguntas referentes a su vecino.

—¿Mi... vecino?

—El señor Attemborough —puntualizó el agente Charlie Shcribs.

—¡Oh! Bien... No tengo mucha relación con él. Temo que si lo que precisa es una información no podré ayudarle mucho...

—Si usted ha estado ausente los dos últimos días no habrá podido verle —repuso Sheiland.

—No, por supuesto. —Richard comprendió que de un modo u otro habían advertido la ausencia de su vecino.

Se encontraba, pues, en el momento que ya había supuesto de antemano, y se alegró de que Dyan no estuviera.

Él se sentía mucho más seguro de sí y en su fuero interno presumía que nadie podría imputarle la desaparición de Attemborough.

—No se trata de un informe exactamente, sino de... Bueno...

Verá. El señor Attemborough parece que ha desaparecido.

—Habrá salido de viaje —sonrió Richard.

—Sí. Es probable —repuso Sheiland—. Al fin y al cabo... Dos días es muy poco tiempo. Es lo que yo dije al agente Shcribs.

—Bien, pues... entonces. —Richard intentaba cerrar el asunto, pero Sheiland no había hecho más que empezar.

—Verá usted, señor Craig. El agente Shcribs me habló de cierto muñeco...

«¡Maldita sea! —pensó Richard para sus adentros—. Si no hubiese visto aquel muñeco...»

—¿Sabe a lo que me refiero? —insistió el oficial que vestía de paisano de forma impecable.

—Una tontería. No es el primer muñeco que hago y siempre me inspiro en rostros conocidos. Eso es todo. ¡Ah! Trabajo en la televisión. Supongo que también se lo habrá dicho ya el agente Charlie Shcribs —había un tono desabrido en la voz de Richard.

—Desde luego, señor Craig. En realidad no es del muñeco de lo que yo quería hablarle, aunque también podría tener que ver... Bueno, me explicaré. —Sheiland parecía un poco confuso, pero Richard pensó que todo aquello era una pose que adoptaba el oficial quizá para confundirle. Tenía que andarse con tiento y no meter la pata. Al fin y al cabo estaba intentando salvar a su mujer, pero..., ¿dónde demonios estaba Dyan?

El policía continuó hablando y Richard metido en sus pensamientos tuvo que hacerle repetir la pregunta.

—Perdón...

—El agente Shcribs vio anoche a su esposa y al señor Attemborough.

Charlie apostrofó.

—Fue después de que usted se hubiese marchado, señor Craig.

—Bien... Iría a pedir cualquier cosa. A veces lo hace. Tengo entendido que vive solo y no debe tener demasiada noción de cómo se lleva una casa, cuando no le falta azúcar para el té le faltan especias... Es normal entre vecinos.

Aquí intervino Sheiland con una pregunta bien intencionada:

—¿Es costumbre del señor Attemborough venir a pedir las cosas cuando usted no está en casa?

—¿Qué está tratando de insinuar, señor? —saltó Richard

dominándose.

—El agente Shcribs es un fiel funcionario, muy observador por demás. Él le dirá.

Charlie, estirado, sin pestañear se puso a explicar:

—Algunas veces he observado que el señor Attemborough visita a su señora esposa, los días que usted sale de noche, señor Craig. Es un detalle que a mí, por supuesto, no me importa, pero dadas las circunstancias...

—¿Qué circunstancias, Charlie? ¡Explíquese!

—Adelante —permitió el oficial.

—Estoy convencido, señor Craig, que el señor Attemborough no salió de su casa esa noche...

—Oiga, agente, insinúa que Attemborough pasó toda la noche con mi esposa.

—No salió, señor.

—¿Cómo puede estar tan seguro? ¿Es que vigila de un modo especial mi casa y los que vivimos en ella? Me parece que se excede en sus funciones, Charlie.

—Por favor, le ruego que se calme —intervino Sheiland.

—Charlie está acusando de algo a mi esposa y no puedo consentírselo.

—Disculpe, señor Craig —intervino nuevamente el policeman—. Anoche ocurrió un pequeño incidente cerca de su casa. Justo en la esquina. Unos muchachos habían bebido demasiado sin duda y armaron un escándalo, rompieron un farol, etcétera. Recibí unas quejas y acudí para calmar los ánimos. Uno de los borrachos consiguió huir y yo me quedé un buen rato por aquí. Habían mediado insultos y amenazas a otros vecinos y mi deber era estar atento por si ocurría algún percance.

Richard se mostró impaciente. Charlie prosiguió sin inmutarse:

—Bien, señor Craig. Tuve ocasión de fijarme en las casas vecinas. En la de usted y la del señor Attemborough. El señor Attemborough cuando salió para dirigirse a su casa, señor Craig, dejó la luz del vestíbulo encendida. Se puede ver perfectamente a través de la ventana. En mi posterior recorrido, la luz seguía encendida y el señor Attemborough continuaba hablando con su esposa. Pude verles a través de los visillos de la ventana lateral. Ahí mismo —y señaló la ventana interior a que aludió antes.

—Bueno, pero...

Charlie hizo un ademán para indicar que aun no había terminado.

—Eso era ya cerca de las dos de la madrugada. Regresé media hora más tarde y la casa del señor Attemborough seguía con luz, no así en la suya.

—Señal inequívoca de que Attemborough ya se había ido —repuso Richard.

—La luz seguía encendida cuando con la orden correspondiente, esta mañana hemos procedido a entrar en casa del señor Attemborough —concluyó Sheiland.

—¿Una orden? ¿Es que una persona no puede ausentarse un fin de semana sin que la policía le deje en paz? —protestó Richard sin encontrar ninguna salida más oportuna, dándose cuenta de que le iban estrechando el cerco. ¿Hasta dónde llegarían? ¿Qué es lo que sabían en concreto?

—Recibimos una llamada anónima, señor Craig —siguió Sheiland—. Se nos informó que el señor Attemborough había sido asesinado. Naturalmente tuvimos que investigar. Y por cierto que los detalles recopilados en la mente del agente Charlie nos han servido de mucho.

—Bien... ¿Y han encontrado el cuerpo del señor Attemborough? —inquirió Richard con un leve respiro que aprovechó para encender un pitillo.

—No. La casa estaba vacía, y en la suya no contestaban... Aunque en parte ya lo suponíamos.

Richard frunció el entrecejo esperando una posterior aclaración del avisado Sheiland que como quien no quiere la cosa iba desentrañando lo ocurrido durante su ausencia de la casa.

—Sobre las tres di la última ronda —dijo Charlie, tomando el relevo en las explicaciones—. Una persona salió de su casa.

—¿Mi esposa?

—No podría asegurarlo. En realidad la vi en el momento en que recorría los últimos metros del jardín para meterse en un coche. Yo estaba bastante lejos, aunque bien podría ser su esposa.

—¿Roa... sola? —inquirió Richard.

—Los faros del coche se encendieron en seguida y me deslumbraron. No... No puedo decirlo con exactitud, pero de una

cosa sí estoy seguro. Ella conducía el coche.

Se hizo un silencio. ¿Dónde demonios había ido su mujer? ¿Y el coche? Ellos no tenían más que uno y lo había utilizado Richard.

—¿Se fijó en la marca del coche? —preguntó Richard exponiendo en voz alta sus pensamientos.

—Un «Rolls», señor.

—¿De su esposa? —inquirió Sheiland.

Richard negó.

—Todo esto es absurdo —comentó.

—Bien, señor Craig —intervino otra vez Sheiland—. Dígame... ¿Cabe la posibilidad de que su esposa y el señor Attemborough... hubieran marchado juntos? Sé que la pregunta es un poco indiscreta, pero no hemos encontrado señales de violencia... aún.

—Digo que es absurdo, señor Sheiland.

—¿Y la posibilidad de que su esposa hubiese disputado con su vecino?

—¿Por qué razón tenía que hacerlo?

—La razón podría dármela usted, señor Craig.

—Basta, Sheiland.

—¿Dónde está su mujer, señor Craig? —Ahora la pregunta se hizo más incisiva, como si el oficial pasara decididamente al ataque.

—No lo sé. Supongo que habrá ido a casa de alguna amiga...

—¿En qué casa?

—No lo sé.

—¿Tiene por costumbre su esposa ausentarse sin decirle adonde va?

—No tengo por qué contestar a esta pregunta.

Era desagradable el tono de ambos, pero Sheiland persistió:

—¿Dónde ha estado usted estos dos últimos días, señor Craig?

—Esto es cosa mía.

—¿Fue en busca de su mujer?

—¡Sí!

—¿Confiesa entonces que ella le abandonó?

—Yo no confieso nada.

—Está bien, Craig. Tendremos que continuar este interrogatorio en mi despacho.

—¿Es que va a detenerme?

—No. De momento es sólo una invitación. ¡Ah! Pero antes debo

echar un vistazo a su casa. Tengo una orden. ¿Quiere leerla? —Y el policía extrajo un papel doblado del bolsillo.

Richard le volvió la espalda, gruñendo:

—Busque lo que quiera.

—Acompáñame, Shcribs —pidió Sheiland al policeman.

Charlie obedeció, estirado siempre, y al cruzarse con Richard que permanecía inmóvil le miró fijamente, pero sin despegar los labios.

Richard se dejó caer en el diván. Sabía que no encontrarían absolutamente nada, por ese camino estaba seguro, pero él seguía pensando en Dyan. ¿Dónde estaba?

¿Qué había ocurrido realmente aquella noche durante su ausencia?

CAPÍTULO X

No. No habían encontrado nada y una hora más tarde Richard salía del puesto de la policía donde había ido acompañando a los policías.

El superior de Sheiland le hizo unas cuantas preguntas que más que nada le parecieron encaminadas a conocer el paradero de su mujer.

En un momento del interrogatorio, Richard se aventuró:

—Se habla de un crimen, pero no hay cadáver. Si suponen que mi esposa mató a Attemborough díganmelo claramente. Creo que tengo derecho.

No hubo ninguna respuesta concreta, sólo una larga observación por parte de Sheiland y del propio capitán, como si trataran de estudiarle, de adivinar lo que pudiera estar ocultando. Siempre estuvieron muy atentos a sus reacciones. Como si para ellos tuviera mayor importancia el gesto que la respuesta.

Salíó a la calle, y al cruzarla casi se da de lleno con Sonia.

—¡Eh! —gritó ella para llamarle la atención, puesto que Richard parecía no ver nada ni a nadie.

—Hola, Sonia. ¿Qué ocurre en los estudios? ¿Es que el viejo ha cerrado por falta de ideas? —Trató de bromear, pero su tono era amargo—. ¿No trabajas?

—Salí temprano.

—Pues vamos a tomar algo. Cuando bebo me gusta tener compañía para poder decir estupideces a alguien.

—¿Qué te pasa?

Él no contestó.

—Vamos a tomar un taxi.

—¿No tienes el coche?

—No. Me han invitado a venir hasta el centro. ¿Sabes?

Richard llamó un taxi.

—¿Adónde vamos?

—A mi casa. Así si me emborracho no tendrás que llevarme.

—Entonces..., ¿no era verdad que hiciste las paces con tu mujer?

—No. Pero no temas. No voy a hacerte el amor por despecho.

—No digas esas cosas, Richard —murmuró ella.

—Lo siento. Estoy un poco anormal.

—Ya lo veo.

—¿Y tú...? Tampoco pareces muy alegre.

—He roto con George Brown.

—Por lo menos ésa es una buena noticia.

—Tenías razón. Pensé de buena fe que quería ayudarme, pero no es verdad.

—Pero es atractivo y la otra noche me dijiste que te gustaba su compañía.

—Porque no conocía sus intenciones. Por favor, te ruego que no hablemos de él.

—Como quieras.

—Háblame de tu mujer si es que lo deseas.

—Mi mujer —comentó él.

Llegaron a la casa. Richard sirvió *whisky* que ella no tomó, prefiriendo leche.

El empezó a hablar. A veces se quedaba plantado mirando la casa que tenía enfrente, a través de la ventana lateral.

Sonia callaba, escuchaba, dejaba que el joven desahogase su corazón y soltara los diablos que llevaba metidos en el cuerpo.

De pronto Richard calló, como si de repente hubiese recordado algo.

¡Los documentos de Attemborough!

Si la policía había entrado en la casa, al practicar el registro tenían que haber encontrado alguna libreta con direcciones, nombres, quizá algún dato. Un chantajista debe llevar un buen control de todo.

Lógicamente, el nombre de su mujer figuraría anotado en alguna parte. La policía tenía buenas razones para sospechar.

«Me gustaría entrar en esta casa», pensó.

Se volvió hacia Sonia y exclamó:

—La policía estuvo haciéndome preguntas. Recibieron una

llamada anónima informándoles que Attemborough había sido asesinado.

Sonia se puso en pie y avanzó hacia él.

—Recordé lo que me contaste la otra noche... Puede que a ti también te molesten. A estas horas ya deben saber la clase de negocios a que se dedicaba ese caballero... Deben tener los nombres.

—¿Han encontrado el... cadáver? —preguntó Sonia.

—No —murmuró Richard mirándola fijamente.

—¿Y... dónde se supone que le mataron?

—¡Y yo qué sé! —Richard no quería confiarse con nadie. Dejó de beber, quería mantenerse sereno.

—¡Richard! Aquel muñeco... —recordó Sonia.

—Sí. El agente de servicio en la zona lo vio. Por eso me molestaron con preguntas. Por cierto, lo dejé en mi despacho. Cuando vayas por allí te doy permiso para recogerlo. Te lo regalo. Quémalo si quieres.

—Lo haré con mucho gusto y te aseguro que no me importaría en absoluto que Attemborough haya muerto.

—Lo comprendo. Te hizo mucho daño. Lo comprendo.

—Ahora olvídate de esto. Tu mujer volverá a ti, estoy segura. Imagino que os queráis mucho...

—Sí, Sonia..., aunque al final nadie lo hubiera dicho, la quería...

—Y se volvió de nuevo hacia la casa vecina. El también odiaba a Attemborough.

Sonia se despidió. Debió comprender que en aquellos momentos Richard prefería quedarse a solas con sus recuerdos.

Richard iba a cerrar la puerta cuando vio la movediza silueta de la siempre sonriente Carol.

Carol, la amiga íntima de su mujer, se cruzó con Sonia. Se miraron ambas un momento sin demasiada simpatía, pero en seguida la sonrisa volvió a los labios de Carol que al llegar al umbral de la puerta murmuró:

—No sé si llego demasiado temprano o demasiado tarde.

—Pasa, Carol.

—No te pregunto por Dyan. Es evidente que no está.

—Si supones que me estaba consolando con esa muchacha que has visto salir de casa estás en un error. Trabaja en los estudios. En

fin... Cree lo que más prefieras.

—¡Huy, hijo! ¿Es que te he pedido explicaciones? No me importan las vidas privadas ajenas... Bueno, la de Dyan sí. Por eso estoy aquí. Os aprecio a ambos y la verdad es que me has dejado preocupada. Si Dyan estaba enojada contigo, lo más lógico es que hubiese acudido a mí... Creo que soy la persona en la que más confía... Y yo sé comprenderla.

Richard se encogió de hombros y le indicó una butaca para que se sentara.

Carol cruzó sus bonitas piernas y encendió un cigarrillo que sacó del bolso. Luego se encaró con Richard comiéndoselo con la mirada. Los ojos de Carol eran tan expresivos como su propia voz.

—Ahora dime la verdad. Veré si puedo ayudarte.

—¿Qué verdad?

—¿Qué pasó entre los dos? Dijiste que habías discutido con ella por una tontería... Quizá no fue tal tontería.

Tras un silencio Richard se sentó frente a la muchacha y le preguntó:

—¿Me ocultaba algo Dyan..., algo que tú sepas y que ella temiera confesármelo?

—¿Otra vez con esas preguntitas, Richard? El otro día ya...

—Tú también has venido para preguntar, Carol.

—Porque quiero ayudarte. Y a ella...

—Está bien. Sé franca conmigo. Ya te digo que no soy celoso. Si de veras quieres ayudarla a ella, contesta a lo que te pregunto.

—Si lo sé no vengo —repuso Carol, aplastando el cigarrillo contra el cenicero.

—Vamos, Carol. Yo sé que a Dyan le ocurría algo grave.

—¿Qué sabes?

—Nunca me lo dijo, pero hay cosas que en un matrimonio no se pueden ocultar con silencios, porque los silencios son a veces más elocuentes...

—No lo sé. Nunca he estado casada.

—No desvíes la cuestión.

Ella guardó silencio. Richard paseó nervioso y luego insistió:

—¡Ha desaparecido, Carol! ¿Comprendes? Ha desaparecido... — Y añadió—: Quisiera encontrarla antes de que lo hiciera la policía.

El aspecto de Carol varió por completo y Richard lentamente

murmuró:

—Le hacían chantaje... Lo sé.

—¿Eeeh?

Richard se volvió y señaló la casa de enfrente a través de la ventana lateral.

—Allí, Carol. Se llamaba Attemborough. Le han asesinado. ¿Qué dices ahora?

—¡Dios mío! —Apenas logró balbucir Carol.

Richard comprendió que la amiga de su mujer sí sabía algo, y en aquellos momentos podía ser muy importante.

CAPÍTULO XI

Era ya de noche. Richard salió por la ventana cabalgando sobre el alféizar. Carol estaba en la casa.

—Ten cuidado —le previno.

—Tú haz lo que te he dicho. Si ves a algún agente, enciende todas las luces del *living*... Por el conmutador general de la habitación. ¿De acuerdo?

—No te preocupes. Estaré atenta. Pero ¿qué esperas encontrar en esa casa?

—No lo sé. De veras. Quizá haya algo que haya pasado por alto a la policía. Al fin y al cabo, ellos no tenían por qué saber que se trataba de un chantajista. Es posible que no hayan tocado nada... Necesito saberlo.

Carol asintió y Richard saltó al otro lado. Cruzó rápidamente el jardín compartido por ambas viviendas y se quedó junto a la pared lateral.

Las dos casas eran casi idénticas, por lo que Richard sabía de memoria cuántas ventanas había y dónde estaba la puerta de emergencia situada al lado de la cocina.

Tanteó los huecos en espera de encontrar algún lugar por donde saltar. De cuando en cuando se volvía para comprobar que su casa seguía a oscuras, señal de que ningún agente merodeaba cerca.

Carol estaba en la esquina, fuera de la casa con lo que podía vigilar tanto la calle como la parte trasera.

Richard intentó forzar la puerta de la cocina, pero estaba bien cerrada por dentro con algún pasador. Attemborough debía de temer a los ladrones.

La única solución era romper un cristal, para ello Richard se había provisto de esparadrapo para sujetar el vidrio. Iba a utilizarlo cuando observó que uno de los marcos de una ventana —en forma de guillotina— cedía hacia arriba. Apretó y consiguió levantarlo

suficientemente para poderse colar.

Se metió en la casa, justo por el lado de la cocina y apenas dentro de ella vio encenderse la luz de su casa.

«¡Policía!», pensó.

Se pegó a la pared y miró a través del cristal. No tardó en ver aparecer a Charlie que estaba efectuando su ronda. Carol estaba en la casa, aunque él no podía verla.

Charlie se detuvo enfrente de su propio jardín y miró hacia la casa de Richard. El apretó los puños maldiciendo mentalmente la inoportuna presencia del policía.

Por fin Charlie se decidió a cruzar el jardín y dirigirse hacia la puerta. Richard cerró los ojos. Pensaba que Carol tendría que abrir. Había luz y el policía esperaba sin duda encontrarle a él.

Cuando el agente llegó hasta la puerta, la pared de la casa impidió a Richard ver lo que ocurría, pero supo que Carol había abierto la puerta por la luz que salió.

Los segundos se eternizaron en la mente de Richard. Por fin, vio cómo Charlie se volvía hacia la acera y lanzó un suspiro. Charlie continuó su ronda con su actitud fría y su pose estirada. Era como un dios metido en aquel uniforme azul marino.

La luz de su casa volvió a apagarse y Richard empezó su labor. Buscó primero en los muebles del *living*, utilizando una diminuta, pero potente linterna que concentraba la luz únicamente hacia el lugar elegido para la búsqueda.

No encontró nada interesante. Todo estaba en perfecto orden. Attemborough, a la vista de la casa, debía de ser un hombre muy meticuloso.

Pasó a la habitación de los huéspedes. Era un cuarto con algunas cajas de embalaje vacías y objetos antiguos esparcidos sobre el *parquet* de madera.

Luego el baño y la habitación en la que podían verse dos desnudos pintados por un artista desconocido. Eran bastante grandes. Lo demás era vulgar. Chillón. Fue directo al armario.

Abrió los cajones, buscó en los bolsillos. Halló una agenda. Miró ávidamente los nombres. Sólo había un par con los teléfonos. Sacó un lápiz y tomó nota de ello. No parecía tener mucha importancia.

¿Había estado la policía allí?

La mesilla de noche, otro mueble, un buró..., todo fue revisado

concienzudamente.

Asomó un momento por la ventana de la cocina para observar su casa. Seguía a oscuras.

Carol había vuelto a su puesto de vigía. Charlie asomó de nuevo por la esquina y Carol se metió dentro para darle a la luz. Richard no lo advirtió porque había vuelto al dormitorio tratando de encontrar algo más donde echar el ojo.

De pronto su atención se volvió hacia uno de los cuadros. Lo enfocó y avanzó hacia él. Lo ladeó, observando que detrás de la pintura aparecía la pared con la misma chillona decoración.

Volvió hacia el otro desnudo e hizo la misma operación. Sus ojos mostraron su triunfo parcial. ¡Allí había una caja de caudales empotrada!

Charlie entretanto se aproximaba nuevamente a la casa de Richard.

Carol miraba nerviosamente hacia la vivienda de Attemborough viendo al mismo tiempo cómo el policía estaba de nuevo en el jardín.

Richard había sacado el cuadro colocándolo cuidadosamente en el suelo y borrando las huellas con un pañuelo que se ensució levemente de polvo.

¿Cómo abrir una caja? Poseía una combinación y él. —Richard — no era ningún experto.

Con el mismo pañuelo tomó el botón móvil y entonces al hacer una ligera presión notó que la puerta parecía moverse. Tiró y...

¡Estaba abierta!

Enfocó la linterna hacia el fondo, pero no encontró nada, absolutamente nada... Ni un solo papel.

Pensó que la policía lo tendría todo en su poder...

Luego de dejarlo todo en orden, al ir a salir observó las luces de su casa encendidas y además, vio a través de los transparentes visillos la inconfundible silueta del policía Charlie hablando con Carol.

Tenía que salir de allí. Ignoraba lo que ocurriría, pero la presencia de Charlie en su casa podía ser importante.

CAPÍTULO XII

Con todo sigilo y sin perder de vista los movimientos del policeman al que seguía viendo a través de la ventana, Richard salió de la casa de su vecino de la misma forma que había utilizado para entrar.

Agazapado salvó la distancia del jardín y tratando de adoptar una pose que pareciese normal, buscó su llave y abrió la puerta.

Vio a Charlie al fondo vuelto hacia él igual que Carol.

—¡Oh, Richard! El agente te estaba esperando. Vino antes. Le dije que habías ido a comprar cigarrillos.

—Bueno, ¿qué quiere ahora, Charlie? —inquirió Richard de mala gana.

—Cuando la señorita me dijo que estaba usted en la tienda fui a ver y...

—Sí, sí, Charlie, usted siempre tan suspicaz. No me encontró. La verdad es que fui también a echar una carta. Y no me pregunte si compré cigarrillos porque se me olvidó. Estoy preocupado como puede suponer... Y ahora dígame lo que ha venido a decirme.

—Bueno, la verdad es que sólo le traía un recado del oficial Sheiland. Él no ha podido venir y desea que mañana por la mañana vaya usted a su oficina.

—¿Otra vez?

—Yo sólo cumplo órdenes, señor. Me ha dicho que sea a las nueve de la mañana. ¿Podrá usted, señor Craig?

—Tendré que poder, supongo.

—Buenas noches, señor Craig. ¡Señorita! —Cortés y altivo como siempre se dirigió hacia la puerta.

Apenas cerrar, Richard preguntó:

—¿Qué te ha dicho?

—Nada. Preguntó por ti y le dije lo del tabaco.

—¿No quiso saber qué hacías en mi casa?

—Me preguntó si era de la familia y le contesté que era una pariente lejana y si llega a preguntar más le mando a freír espárragos... —Y cambiando bruscamente preguntó interesada—: ¿Qué has encontrado?

—Nada. La policía debió llevárselo todo. No hay nada de interés en la casa. Sólo esos dos nombres en una agenda:

Rivers, Maida Vale

75 4 28,

y Smith, Charing *Cross*

23 23 2.

—¿Amigos de Attemborough? —comentó ella.

—Supongo. Esto no soluciona nada. Lo que me interesa es Dyan.

—Ya te conté antes todo lo que sabía —murmuró ella.

El se sirvió un *whisky* y comentó:

—Sí, Carol Ella había confiado en ti y no en mí. Tú sabías lo del chantaje por la propia Dyan y yo tuve que adivinarlo.

Richard recordaba la conversación que poco antes había tenido con Carol, cuando la muchacha supo lo del asesinato. Lo que él no le había dicho todavía era lo de haberse llevado el cadáver, ni sus sospechas de que fuera Dyan quien hubiera matado a Attemborough.

Fue Carol la que le sacó de sus pensamientos.

—Ella temió decirte la verdad. Pensó que jamás se sabría. La mala suerte fue que vinierais a vivir aquí, coincidiendo con Attemborough. Eso lo estropeó todo.

—Debió confiar en mí en vez de dar dinero a ese canalla.

—Dyan temía por tu futuro. Tu nombre es muy conocido. Se habría producido un escándalo. Fue lo que dijo. Por eso no te lo contó. ¿Te imaginas a la Prensa sensacionalista? «La esposa de Richard Craig es hija de un traidor».

—Calla, por favor.

—Es la verdad que tú querías saber, Richard... Pero ella no tenía ninguna culpa. Lo que ocurre siempre es que los hijos tienen que pagar los errores de los padres... Y a la gente le gusta remover en la basura. Es la curiosidad morbosa la que alimenta a la Prensa sensacionalista.

Tras un silencio, Carol añadió:

—Dyan creyó que con cambiar el nombre y alejarse de todo,

jamás volverían a acordarse de ella, pero esa maldita coincidencia...
¡Mejor que Attemborough haya muerto!

Y de repente Carol pareció darse cuenta de algo:

—¡Pero, cielos! La policía no creerá que fue Dyan quien lo hizo, ¿verdad?

Richard no contestó.

—¡Esto es lo último! No pueden pensar esto...

—No tendrán ocasión de pensarlo, Carol. Ni siquiera de probarlo. No han encontrado el cadáver. —Y para sus adentros añadió—: «¡Y espero que no lo encuentren nunca!».

—Pobre Dyan... No podía aguantar más... ¡Dios mío! Si aún es tiempo debemos encontrarla, Richard, antes de que cometa una locura.

—Claro que debemos encontrarla, Carol. Pero ¿dónde?, ¿dónde!

Carol iba a marcharse, pero Richard le rogó que se quedara.

—Yo no tengo trabajo esta noche. Preguntaré por todos los hospitales y buscaré ese «Rolls» que vio Charlie frente de la casa a las tres de la madrugada.

—Déjame ir contigo.

—Pueden pasar horas. Yo estoy acostumbrado a trasnochar.

—No temas, no me dormiré. Cuando tengo algo entre las cejas no puedo conciliar el sueño.

—Está bien, come algo si quieres. Yo no tengo apetito, y nos iremos en seguida.

—¿Comer ahora? ¿Y crees que yo podría tragar bocado? Anda, vámonos.

—Como quieras.

—¡Ah! Una cosa, Richard —murmuró ella cuando entraban en el garaje—. Cuando la encuentres... no le digas nada de lo que te he contado, ¿sabes? Te lo pido, Richard. Sé que le harías mucho daño. No le recuerdes su pasado... Ella quería olvidarlo...

CAPÍTULO XIII

Primero había que buscar un sitio donde alquilaran coches: un «Rolls-Royce», un lugar donde se pudiera alquilar a cualquier hora de la noche.

«Si ella no había premeditado su huida, tuvo que llamar por teléfono a alguna agencia para que le trajeran el coche —pensaba mientras iba al volante— a menos que alguien la acompañara..., pero Charlie dijo que el coche lo conducía ella. Es decir: la mujer... Y luego preguntar en los hospitales...»

Atento al volante, Richard pensaba también en la historia que le había contado Carol aquella tarde antes de que entrara en la casa de Attemborough.

Una historia, por demás extraña, como extraño parece a cualquiera todo aquello que descubre de una persona con la que ha convivido unos años y cree conocer. Luego, de repente, un pasado increíble cae como un jarro de agua fría.

Ella. Dyan. Hija de un traidor...

Según Carol, la historia empezó en el año 53. Dyan, que entonces llevaba su verdadero nombre: Glenda Johnes, tenía solamente cinco años. El nombre de su padre, que trabajaba como funcionario del Servicio Secreto con un cargo administrativo, comenzó a sonar.

Se habían descubierto infiltraciones, documentos secretos a los que él tenía acceso se sabía habían pasado a manos enemigas. Se abrió una investigación que en principio se llevó con el máximo secreto, pero posteriormente una indiscreción hizo que el asunto trascendiera a la calle. Y el nombre de Robert Johnes apareció en primera plana en todos los periódicos del país e incluso del extranjero.

Un año más tarde, con todas las pruebas en contra, convicto, Robert Johnes fue juzgado y condenado por espía. Traidor a su

propia patria, el peor delito para muchos; la vergüenza y la humillación para la familia cuyo retrato también apareció en los periódicos. Una madre y una hija. —Dyan— que ignoraban los manejos de Robert.

Si hay gente que gusta de hacer leña del árbol caído, tampoco faltan los que se apiadan de la desgracia ajena, y unos amigos recogieron a Dyan y a su madre.

La historia había quedado olvidada, incluso por la propia Dyan de la que de todo aquello se le explicó únicamente lo indispensable, pero en el colegio supo la verdad, algunas amigas se separaron de ella. No as Carol.

En su explicación anterior Carol había dicho:

—¿Por qué tenía que apartarme de ella? Era simpática, congeniábamos. Además, creo que era la única que me soportaba. Yo siempre he sido una cotorra y lo sigo siendo.

Dyan tuvo que cambiar de colegio, pero entonces ya sabía más cosas y llegó a conocer toda la verdad.

De nuevo el tiempo hizo posible el olvido. La capacidad de olvidar el infortunio es lo que posibilita a los humanos mirar el futuro con optimismo.

Dyan tenía dieciséis años. Alguien había hurgado en su vida... Sin saber cómo apareció Attemborough...

—Dyan salía con un muchacho aficionado a la pintura Quería retratarla... —había dicho Carol—. Bueno, Dyan tonteaba con él y salían juntos a bailar y esas cosas, propias de la edad, ya me comprendes...

En uno de esos clubs que los muchachos habían montado en una gabarra, apareció Attemborough.

—Es un puerco. El no frecuentaba el ambiente de la juventud por el arte ni por nada. Le gustaba tener chicas jóvenes cerca. En realidad supo la verdad sobre el pasado de Dyan por ese mismo chico —había informado también Carol.

Sí. Entonces ella aún creía en la buena fe de las personas. Había llegado a confiar plenamente en sus amigos y ese pintor era uno de ellos. Se hacían confidencias y Dyan le confió lo que más tarde no sería capaz —por temor tal vez— de decir a su propio marido.

Attemborough, pues, conocedor del pasado de la muchacha por el tal pintor, empezó a sacar partido. En aquel entonces la madre de

Dyan ya había muerto. En realidad, el disgusto —el rudo golpe— sufrido con lo acaecido años antes fue el motivo de su muerte prematura. Dyan seguía con la familia que les había atendido en los momentos difíciles y el hombre de la casa, tras dura lucha, estaba a punto de escalar un puesto importante en la política.

Attemborough encaminó sus pasos hacia aquella casa y comenzó el chantaje.

Dyan, desesperada, al comprender que por su causa —involuntaria— iba a traer la ruina a aquella familia, se marchó, durante muchos años vivió lejos de Londres y entonces cambió su nombre.

—Parece que intentaron localizarla, porque aquel hombre, tras algunos balbuceos, plantó cara a Attemborough, amenazándole con descubrirle. Un chantajista sabe que está fuera de la ley. Supongo que debieron hacer un convenio. Attemborough callaría y el otro no le denunciaría... El caso es que Dyan siguió su vida. Entonces vivimos bastante separadas y nos veíamos poco, pero con el tiempo volvió a rehacer su vida, hasta que un día apareciste tú... Bueno, eso no es necesario que te lo cuente porque supongo que te acuerdas perfectamente.

Richard tenía que acordarse porque conoció precisamente a Dyan por mediación de Carol.

Él había salido algunas veces con Carol. Carol llegó a hacerse ilusiones. Un día, en una fiesta en la que él había sido invitado junto con Carol, conoció a Dyan, invitada precisamente por ella:

—Le convenía divertirse y olvidarse de aquella vida de eremita que llevaba sin apenas salir, se había vuelto huidiza... —aclaró Carol.

Sí. Allí se conocieron. Fue un flechazo. Por parte de ambos. Se volvieron a ver. Ella trabajaba en Bristol y estaba de vacaciones.

Richard seguía recordando. Ahora los primeros tiempos de su noviazgo. Fugaz porque se casaron pronto.

Todo era maravilloso. Dyan era maravillosa. Soñadora, feliz. Era moderna, pero tenía un aire romántico, como si en toda su vida hubiera estado aguardando que Richard apareciese ante ella.

Luego todo sucedió muy de prisa. Se casaron, vivieron en Londres.

Las cosas fueron mejor para Richard y decidieron trasladarse a

una zona residencial que sin llegar a ser lujosa era de las mejores en su categoría y allí, justamente allí, empezó a cambiar todo. Allí apareció Attemborough en mala hora.

La voz de Carol hizo que los recuerdos de Richard se evaporaran:

—Creo que nos siguen.

Richard miró a través del retrovisor y vio los faros del único coche que seguía a alguna distancia.

Ahora transitaban por una calle estrecha y desierta, cerca ya del centro.

Richard aceleró:

—Vamos a verlo. —Y dobló la primera esquina lanzándose de forma temeraria. Al final de la calle dobló hacia la izquierda y se metió en un callejón, allí frenó en seco y apagó las luces del coche.

El otro automóvil no tardó en aparecer y lo hizo también como una exhalación.

Al desembocar en la plazoleta aminoró la marcha. Indudablemente su conductor trataba de orientarse.

Richard y Carol miraban hacia atrás, observando los movimientos del vehículo.

—Creo que sí. Nos seguían —dijo él.

Por fin el otro auto enfiló hacia la parte opuesta y lo perdieron de vista a medida que se fue alejando.

—¿Quién podía ser? —inquirió Carol.

—¿Te has fijado si le llevábamos mucho rato detrás?

—No lo sé. Lo he visto al salir de Green Park. Hace cinco minutos. Seguía nuestra ruta.

—Si hubiese sido desde la salida de mi casa pensaría que se trata de la policía.

Dio marcha atrás y salió del callejón para meterse de nuevo por la misma calle que había salido.

Al poco tiempo observó unos faros en una esquina.

—¡Sí! ¡Es el mismo coche! —exclamó Carol.

—Sí, ya me he dado cuenta. Así sabremos qué quieren de mí...

—Y condujo a velocidad normal.

CAPÍTULO XIV

Richard se detuvo ante un policlínico de urgencias. Ambos bajaron del auto y entraron para dirigirse a la recepción.

La enfermera de guardia consultó el libro tras la pregunta de Richard.

—¿Un accidente en estos últimos tres días? ¿Qué clase de accidente?

—Lo ignoro. Estoy tratando de localizar a mi mujer. Ha desaparecido y temo que pueda haber sufrido un accidente.

—¿Por qué no avisa a la policía?

—Ya lo he hecho, señorita, pero no puedo sentarme tranquilamente a esperar que me llamen.

—Comprendo. ¿Cómo se llama?

—Dyan. Dyan Craig. Yo soy Richard Craig.

La enfermera consultó largamente.

—No, señor. Seguro que no. No hemos ingresado a nadie con este nombre. He mirado también a «Indocumentados». No ha habido ninguno en los últimos días.

—Gracias.

Salieron.

El auto que les seguía se había detenido unos cuarenta metros atrás. Richard hizo arrancar el coche suavemente y condujo con absoluta normalidad.

—Consultaré la guía para ver qué agencias de turno hay en Londres. —Y al cabo de un rato indicó—: Nos detendremos en ese restaurante.

Era un bar-restaurant y acudieron directamente al departamento de servicios y teléfonos. Buscaron ambos y anotaron los nombres de algunas agencias.

A través de un espejo ella vio el rostro de un hombre asomar. Era un tipo joven.

—Mira —dijo.

—Sí. Debe ser uno de los que nos están siguiendo. Son dos —murmuró él.

—¿Piensas tenerles pegados a nuestros talones durante toda la noche?

—No, por supuesto. Ahora ya he anotado el número de la matrícula. ¿Sigue ahí? —inquirió sin mirar.

—No.

—Aguarda.

—¿Qué vas a hacer?

—Espera. Es decir. Pregunta si hay otra salida.

Ella sonrió y Richard se dirigió hacia la puerta de salida. Asomó a la calle y vio al hombre avanzando rápidamente hacia el coche. Richard se dirigió al suyo y fingió buscar algo en la guantera, luego volvió a entrar al restaurante.

El local tenía una doble puerta. La primera que comunicaba con la calle era de cristal biselado; detrás, a un metro aproximadamente, había una segunda puerta de cristal opaco también, protegida por un cortinaje de terciopelo granate.

Richard se quedó detrás del cortinaje y aguardó.

Al cabo de unos instantes apareció Carol, abrió la puerta interior y dijo:

—Sí. Hay otra puerta.

El le hizo una seña contundente para que se marchara. Carol desapareció y momentos después apareció de nuevo el mismo hombre joven que momentos antes había asomado. Richard le observó por entre el resquicio de la doble cortina y aguardó a que el otro avanzara.

Al entrar, Richard le atenazó con fuerza. Le hizo presa de una llave que el otro trató de esquivar, pero se vio empujado contra la pared a consecuencia de la enorme fuerza desplegada. Fue inútil que su oponente intentara desasirse, Richard le aplastó materialmente con el peso de su cuerpo, colocándole el antebrazo en el cuello.

—¡Ahora, amiguito, dime a qué viene tanto interés por mí! ¡De prisa!

El otro apenas conseguía hablar. Entrecortadamente pudo decir:

—¡Po... policía!

—¿Eeeh?

—Si me suelta le enseñaré la placa.

—¡Nada de tonterías! —exclamó Richard y le soltó, pero atento a cualquier jugarreta.

Su interlocutor puso la mano en el bolsillo haciéndolo con gesto que no infundiera sospechas y se identificó.

—Agente Donald FarWey.

—¡Vaya! ¿Y qué diablos queréis ahora de mí? Bueno... Dile a tu jefe que voy a comer con la señorita que me acompaña. ¡Que me deje en paz!

Le dejó ir. El agente, bastante joven por cierto, salió arreglándose la maltrecha ropa e intentando desentumecer los músculos.

Rápidamente Richard se volvió al restaurante y tomó del brazo a Carol que sin haber visto había intuido.

—¿Qué le has hecho?

—Nada. Era policía.

—¡Policía!

—¡Anda, vámonos!

Y tomaron el camino de la puerta de servicio, desapareciendo seguidamente por un callejón.

—Buscaremos un taxi. Mientras tanto que sigan esperando —dijo Richard y ambos se alejaron rápidamente de la zona.

Estuvieron más de una hora en aquel vehículo. Recorriendo hospitales y buscando en las casas de alquiler de automóviles, sobre todo en las especializadas en «Rolls».

Las respuestas eran siempre las mismas.

—No. No ingresamos a nadie con ese nombre.

—Lo siento, señor, no figura nadie con el nombre que usted solicita...

—Aquí, no, señor.

Y en las agencias.

—¿Un «Rolls»? ¿Qué día? ¿A nombre de quién? No... No, señor, lo siento...

Richard comentó con Carol:

—Charlie no supo decir si había una o dos personas en el coche...

—¿Piensas que pudo irse con alguna otra persona?

—Ya no sé qué pensar, Carol. No puede haberse esfumado.

—Elia te quería, Richard.

—¿Por qué dices... «te quería»?

—Bueno, quiero decir que te sigue queriendo. Han sido las circunstancias lo que le ha alejado de ti... Sé que jamás te hubiese abandonado sin un motivo muy poderoso. No podía más... Si ese hombre la atosigaba constantemente. Eso puede llevar a una persona a la locura. Tu esposa ha sufrido mucho...

—¿Adónde quieren ir ahora? —inquirió el taxista.

—Siga la ruta de los hospitales. Vaya donde quiera, seguiremos buscando —ordenó Richard.

Y todo siguió igual. Ni rastro de Dyan... Nada de coches marca «Rolls» alquilados en la noche fatídica, por lo menos en el domicilio que Richard facilitaba: el suyo.

De pronto Richard tuvo una idea.

—¡Bristol! Su antiguo domicilio de antes... ¿Cómo no se nos ha ocurrido?

—¡Cielos! ¡Es cierto! —apostilló ella.

Se hicieron conducir frente al restaurante donde habían dejado el auto.

Antes de ordenar que el taxi parara, Richard observó bien y advirtió que el coche de la policía ya no estaba.

Pagó la carrera y juntos subieron nuevamente al coche de Richard.

—Vamos a Bristol ahora mismo —exclamó él.

CAPÍTULO XV

Los ciento ochenta kilómetros que aproximadamente existen entre Londres y Bristol, Richard los recorrió pisando a fondo. El nulo tráfico de la carretera cuando las manecillas del reloj señalaban la medianoche facilitaba la velocidad.

—Tú conoces las señas, ¿verdad? Ella te escribía —dijo Richard a Carol.

—Sí, por supuesto. Es en St. George Street.

—¿Habías estado en su casa?

—Un par de veces. Tenía alquilado un apartamento en una casa de vecinos. Está cerca de la estación. Creo que me acordaré...

Richard siguió pisando a fondo.

—Cuidado —advirtió Carol.

Lo dijo por los agentes de la carretera. Richard sobrepasaba el límite de la velocidad permitida.

Aceleró al principio, pero optó por parar.

Educadamente uno de los policías le pidió el permiso de conducir.

—Agente. Sé que he cometido una infracción, pero se trata de mi esposa. Temo que puede haberle sucedido algún percance. Me dirijo a Bristol.

—A la velocidad permitida llegará, señor. Corriendo como lo hacía, se expone a un accidente.

—Le digo que es un caso urgente.

—¿Está enferma su esposa? ¿Está en algún hospital?

—No... No lo sé.

—Bien. Aquí tiene —le entregó el volante de la multa correspondiente—. Y no lo olvide. Cumpla con las leyes.

Era inútil insistir. La suya, aun siendo una urgencia, no podía justificarla ni mentir a los agentes. Se alejó a la velocidad permitida, pero en cuanto estuvo lejos aceleró de nuevo.

—No me importa que me arruinen a multas. Tengo que llegar...

A la una de la madrugada habían recorrido ya más de la mitad del camino.

Antes de las dos, Richard se detenía donde Carol le había indicado.

—Aquí es.

Era un edificio de dos plantas, antiguo, pero construido con decoro, respiraba un aire de un pasado ciertamente lujoso, aunque sobrio.

—Era en el segundo piso.

—Vamos.

La puerta estaba cerrada y tuvieron que llamar con insistencia. Al fin surgió del interior una voz de mujer.

—¿Qué horas son éstas de importunar? ¿Qué ocurre? ¿Quién llama?

—Abra, por favor —pidió Richard.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Craig... Busco a Dyan... Antes se alojaba aquí. En el segundo piso.

—¿Dyan? ¿De qué me habla usted? —repuso la voz siempre a través de la gruesa y blanca puerta de madera.

—De Dyan Smith —repuso Richard, nombrando el apellido de soltera de su esposa.

Al cabo de un silencio que sirvió para que Richard aporreara nuevamente la puerta, ésta se abrió. Una mujer oronda con una bata sobre las ropas de dormir apareció en el umbral.

—Señora Dalton... Usted es la señora Dalton —arguyó Carol—. Yo estuve aquí un par de veces... Quizá no me recuerde. Soy amiga de Dyan...

—Sí, sí... Ya recuerdo, pero Dyan no vive aquí. Usted debe saberlo —repuso la mujer.

—Señora Dalton —interpuso Richard—. Soy el marido de Dyan. Ha desaparecido. La estamos buscando.

La señora Dalton miró a los dos como si dudara.

—¿La ha visto usted? —instó Carol—. Por favor. Es el único sitio donde podemos recurrir.

—No. No he vuelto a verla —había algo en la voz de aquella mujer que se disponía a cerrar que hizo que Richard metiera el pie

para evitar que les diera con la puerta en las narices.

—Es muy importante, señora Dalton. Soy el marido de Dyan... Si la ha visto, dígallo. Mi esposa está sufriendo una crisis.

—¿Una crisis? Oiga, quite el pie de la puerta, haga el favor, señor. Éstas no son horas. Ya les he dicho que...

—Señora Dalton —cortó Richard—. Es un caso de humanidad. Usted sabe algo. ¿Verdad que sí? Por favor...

—Maldita sea... ¡Y a estas horas! Oiga, señor, mire... Yo no quiero líos... A mi Dyan siempre me pareció una buena chica. Me pagaba puntualmente el alquiler y nunca tuve líos mientras estuvo de inquilina.

—¿Ha vuelto a verla? —insistió Richard mientras Carol tenía la expresión de súplica reflejada en el rostro.

—Vino hace tres días... Era de madrugada. Me pidió que le dejara pasar la noche —terminó confesando la oronda señora Dalton—. Bueno, yo le di la llave de su antiguo apartamento. No lo había vuelto a alquilar. Tuve otra señorita cuando ella se fue, pero no me gustaba, resultó no ser tal señorita. Ya me entienden. Yo nunca he querido líos...

—¿Dónde está ahora Dyan? —cortó Richard.

—No lo sé. Me pidió sólo que la dejara unas horas. Me pareció que huía de algo o de alguien... No me gustan los líos, no, señor. Se lo dije... Si la complací fue porque siempre se había portado bien.

—Sí, sí, pero... ¿cuando se marchó le dijo adónde iba?

—No. No me dijo nada. Únicamente me dijo que no dijera a nadie que yo la había visto. ¡Ni a ustedes! Bueno. Dijo que a nadie en absoluto... Se marchó a la noche siguiente. Quería pagarme la atención que tuve con ella, pero no se lo acepté. Yo le hice un favor y los favores no se cobran.

—¿Llevaba equipaje? —inquirió Richard.

—Una pequeña maleta. No creo que llevara nada importante. A mí no me lo dijo y no se lo pregunté. No me gustó, de veras. Pero no me gusta hacer preguntas. ¿Saben? Si usted es su marido... Bueno, espero no tener líos, yo me limité a hacer un favor. Creo que ya he hablado demasiado.

—No, señora Dalton, ha hecho usted lo que tenía que hacer —puntualizó Carol suavemente.

—¿Dónde puede haber ido? —comentó Richard en voz alta,

expresando sus pensamientos.

—Yo qué sé... No volví a verla desde que llegó hasta el momento en que vino a despedirse. —Y como recordando algo, pero sin darle importancia añadió—: Fue poco después de recibir la llamada telefónica.

Richard y Carol cambiaron una rápida mirada.

—¿Una llamada? —inquirió Richard sorprendido visiblemente.

—¿Les extraña?

—¿Quién la llamó?

—No sé... Creo que era voz de hombre. Yo nunca pregunto de parte de quién. El teléfono es para todos. Está ahí —y señaló el aparato colgado en el hueco de la escalera.

—¿Oyó usted algo de lo que habló mi mujer con... con esa persona que le llamó? —insistió Richard.

—¿Insinúa usted que yo escucho las conversaciones telefónicas? ¡Hasta ahí podríamos llegar, señor mío! Buenas noches.

—Gracias de todos modos, señora Dalton y lamentamos haberla importunado a esas horas —murmuró Carol empujando suavemente a Richard. Allí ya nada podía hacer.

El salió a la calle anonadado. A su espalda sonó el portazo de la dueña de la casa.

Luego, sentado en el coche, aún seguía con la mirada hacia un punto inconcreto.

—¿A quién puede haber recurrido, Carol?

Ella negó con la cabeza.

—Dios mío. Esto cambia las cosas por completo... Quizá lo tenía previsto... Quería escapar una vez más de ese Attemborough. Pero entonces... Si lo que quería era escapar y se confió a alguien...

—¿En qué estás pensando?

—Pues en... ¡Carol! Tienes que saberlo. Eres la única persona en quien puedo confiar en estos momentos...

Y mientras ponía en marcha el coche le contó la verdad, empezando por decirle:

—Cuando regresé a casa aquella noche, encontré en la cama el cadáver de Attemborough.

—¡Cielo Santo!

—Pensé que había sido ella...

Y siguió relatando lo ocurrido a partir de aquel momento...

CAPÍTULO XVI

A las nueve de la mañana, Richard estaba ya en el puesto de policía, donde Charlie le había citado en nombre de Sheiland.

—¿Por qué manda a sus sabuesos detrás mío, Sheiland? — Fueron las primeras palabras de Richard.

—Buena se la jugó anoche a ese par de novatos... —repuso Sheiland de buen talante—. Claro que eso les ha valido una regañina.

—No me importa lo que haga con sus hombres. Soy un ciudadano libre. No quiero que me siga la policía.

—¿Qué anda buscando, señor Craig? Sabemos que ha pedido unos días de fiesta en su trabajo habitual. Anda de un lado para otro. ¿Busca a su mujer?

—Sí. ¿Es un delito?

—¿Confiesa entonces que su esposa ha huido?

—Piense lo que quiera, Sheiland. Pero, por favor, déjenme en paz.

—¿Por qué hizo usted aquel muñeco con el rostro de su vecino, señor Craig?

—Ya le dije que cuando hago muñecos suelo copiar rostros reales.

—¿Y por qué eligió al señor Attemborough?

—Porque en aquel instante era la persona a quien recordaba con mayor facilidad.

—¿Sólo por esa razón?

—¡Sí, Sheiland!

—Me gustaría ver ese muñeco, señor Craig.

—¿Y sólo por eso me ha llamado?

—¿Lo tiene en casa? El otro día no lo encontré.

—Llega tarde. Ya no me pertenece. Lo regalé. Puede que lo hayan tirado a la basura.

—Intente recuperarlo.

—¿Para qué?

—Deme ese gusto. Quizá quiera... comprobar sus dotes artísticas. —Sheiland hablaba con marcado sarcasmo.

—Si es por eso por lo que me ha mandado llamar...

Ahora Sheiland se puso serio de súbito y espetó:

—Queremos encontrar a su esposa, señor Craig. Queremos saber si ella ha huido con Attemborough o... bueno, en cualquier caso su mujer quizá pueda decimos dónde está, puesto que al parecer eran bastante amigos.

Richard apretó los puños.

—Ahora puede irse. Pero recuerde que necesitamos a su esposa. Cualquier informe que tenga sobre su paradero deberá comunicárnoslo. ¡Ah! Y no se olvide de este muñeco. Búsquelo.

Richard mandó al diablo al policía aunque lo hizo interiormente. Salió a la calle para regresar a su casa.

Carol no estaba, la llamó.

—¡Carol! —Encontró una nota y la leyó:

«Tienes la nevera bastante desabastecida. He ido a comprar algunas cosas. Ciao».

«Ciao». Recordó su clásica despedida de antes. Se sentó junto al teléfono y llamó a los estudios.

Cuando le contestaron preguntó por Sonia. Al cabo de un rato le contestaron que no estaba.

—No. Hoy no tenía que venir...

—Bueno. Dadme las señas. Soy Craig. Richard Craig. No recuerdo dónde vive y quiero hablar con ella.

—Un momento.

Le facilitaron la dirección y el número de teléfono. Colgó y volvió a marcar el número de Sonia. No obtuvo respuesta. Insistió y el teléfono siguió llamando sin que nadie contestara la llamada.

Paseó nervioso mientras encendía un pitillo y entonces a través de la ventana vio el coche detenido frente a su casa. Charlie, el imperturbable agente, estaba hablando con el conductor. Discutían.

Richard conocía al conductor. Era George Brown, de los estudios, amigo o examigo de Sonia.

Salió de la casa. Charlie se volvió y le saludó con la misma

cortesía de siempre, como si nada hubiese ocurrido que pudiera cortar las buenas normas.

George saludó desde el coche. No simpatizaba mucho con Richard y la media aversión era mutua.

No obstante George sonrió.

—¡Oh, Richard! Dile al agente que yo no conozco muy bien este barrio. Al parecer he cometido una horrible infracción. Me he equivocado metiéndome en una calle con sentido contrario.

—A exceso de velocidad y subiéndose a la acera con peligro de los ciudadanos que transitaban por aquel lugar —aclaró el agente.

—Lo siento, no es de mi incumbencia. Además, Charlie es insobornable. Nunca comete errores. Y muy observador. ¿Verdad?

—Debo serlo, señor Craig. Forma parte de mi trabajo. —Y terminó de extender la denuncia para entregársela a George Brown.

George salió del auto y recogió el volante de la denuncia. George era alto, algo más que Richard, estaba bien cuidado físicamente y él se hallaba convencido de su éxito con el sexo opuesto, en virtud de su planta. Llevaba el pelo largo y cuidado y vestía con jersey de cuello ancho y pantalón súperajustado que amenazaba con romperse a la altura de las caderas.

—Precisamente venía a tu casa, Richard.

—Debió tomar la otra calle. Está perfectamente señalado. La ruta que usted seguía era para salir de la zona.

—Me equivoqué. Sólo vine una vez a esta casa... En fin, deme la denuncia. A este paso, seguro que le ascienden.

Charlie se separó de ellos y Richard inquirió:

—¿Venías a verme a mí?

—Sí. Y estoy nervioso. Ése ha sido el motivo de haberme equivocado.

—¿Y qué puedo hacer yo? Pasa si quieres.

—No, no quiero importunarte. Se trata de Sonia...

Sé que sois amigos y... bueno, pensé que tú sabías dónde estaba.

—¿Por qué iba a saberlo? Pero mira qué casualidad, yo también la ando buscando... Acabo de llamar a su casa y no estaba.

—Aunque estuviera, a mí no me recibiría.

—Esto es cosa vuestra, ¿no?

—Yo aprecio a esta chica, Richard. Éramos amigos y todo iba bien. De repente no quiere saber nada conmigo.

Richard pensó en la conversación que había sostenido con Sonia el día antes en la cual la muchacha le manifestó su ruptura total con George.

Se encogió de hombros.

—Será que ya no le gustas. O que ha descubierto malas intenciones en ti. Abusas demasiado, George, pero eso a mí no me importa.

—Bueno. Yo tenía un buen asunto para ella.

—Ya lo imagino. Tus famosas fotos.

—¡Son obras de arte!

—¡Vaya un arte!

—¡No sabía que fueses tan puritano!

—Mira, muchacho, yo ya tengo mis propios problemas. Si venías a buscarme para que te ayudara a conquistar a esa chica te has equivocado de medio a medio.

—No era eso. Solo... Bueno, saber si la habías visto.

—Si ella no quiere saber nada de ti. ¿De qué serviría?

—Sí, claro. Si no estás dispuesto a ayudarme.

—¿Por qué tenía que ayudarte, George? Estás deseando que alguien patine en el estudio para ver de quitarle el puesto. Siento ser tan áspero, muchacho, pero digo lo que pienso. Yo no soy ningún diplomático. Adiós.

George se quedó junto al coche, viendo cómo Richard se alejaba hacia la casa. Permaneció inexpresivo. Luego se metió en el auto y desapareció.

Cuando Richard entró en la casa el teléfono estaba sonando. Lo tomó y al preguntar quién era nadie le respondió.

—¡Diga! —insistió Richard.

Absoluto silencio al otro lado, pero él tenía la impresión de que había alguien.

—¡Hable!

Colgaron.

Fue él quien llamó a las señas de Sonia. Esta vez tuvo más suerte. La voz de la muchacha respondió al otro lado del hilo.

—Soy Richard. ¿Tienes todavía ese muñeco? Ya te dije que Charlie lo había dicho y ahora el oficial quiere verlo. No me importa si lo has quemado. No tengo el menor interés en complacerles, pero es por si se ponen pesados.

—No, Richard, no lo tengo —respondió ella.

—¡Ah, claro! No has ido al estudio.

—¿De dónde llamas?

—De mi casa. Por cierto, hace un momento George Brown estuvo aquí. Quería que yo interviniese en su favor. Le he dicho lo que pensaba de él.

—¿George? ¿Qué quería?

—Que os reconciliarais.

—¡Qué estupidez! Ya te dije que no quería volver a verle.

—No te preocupes. Sería al último hombre al que yo recomendase a una mujer.

—Richard... Tengo que decirte algo.

—Bien, di.

—El muñeco. Ayer fui a buscarlo como tú me dijiste. No sabía lo que hacer con él. Es probable que lo hubiese quemado. No sé... Pero ¡no estaba!

—¿Cómo?

—No estaba.

—¡Qué raro!

—Sí. Yo recuerdo que quedó sobre una butaca al fondo de tu oficina. Allí lo vi todo.

—Yo no lo toqué. Tal vez alguien ha hecho limpieza, pero es extraño. Nunca tocan mis cosas.

—¿Crees que alguien puede haberlo robado deliberadamente?

—No, no. A menos que... —pensó en la policía, pero desechó la idea. De lo contrario, ¿por qué se lo hubiese pedido Sheiland si ya lo tenían?

—¿Se te ocurre algo?

—No. Y olvídalo.

—Bueno, adiós, Richard, que se te arreglen tus asuntos.

—Gracias, Sonia —colgó.

Se abrió la puerta y apareció Carol cargada con unas bolsas. Venía de la compra.

—¡Oh! ¿Estás ahí? Perdona, he cogido una llave que estaba colgada detrás de la puerta. No te molesta, ¿verdad?

—¿Por qué iba a molestarme? ¡La llave! —exclamó de pronto—. Dyan guardaba la suya ahí precisamente.

Carol no comprendía.

—¿Cuántas llaves había detrás de la puerta? —preguntó Richard.

—Sólo la que he tomado...

—No puede ser... Tenía que habérsela llevado Dyan al marcharse...

—¿Cuántas llaves de la casa tenéis?

—Tres. Pero el otro juego lo guarda la asistente por si no hay nadie en la casa. Viene dos veces por semana. No lo comprendo.

—¿Quieres decir que Dyan se marchó sin llave?

—No. Juraría que... que esa llave no estaba ahí esos días...

—Veamos, tú estuviste ausente. ¿No es así? Quizá vino la asistente y la dejó. Pregúntaselo mañana...

—La señora Dalton dijo que Dyan llevaba un pequeño maletín. Voy a intentar ver lo que falta... Esa marcha repentina, no sé... hay algo demasiado extraño en todo esto.

Se dirigió al dormitorio. Abrió la puerta y en la penumbra de la estancia destacaba algo que llamó poderosamente la atención a Richard.

Sobre la cama había un cuerpo. Encendió la luz, en el momento en que Carol aparecía por detrás.

Fue ella la que lanzó un grito.

—¡Aaaah! ¡Es un cadáver!

Richard se recobró de la sorpresa y murmuró lentamente.

—No, Carol. Es sólo un muñeco.

Allí, y en la misma posición que había encontrado el cuerpo de su vecino estaba colocado el muñeco que él mismo ideó. Un muñeco exacto al señor Attemborough.

CAPÍTULO XVII

Richard fue al estudio intentando averiguar quién había entrado en su despacho.

—En tu santuario no entra nadie, amigo, pero si temes que puedan robarte las cosas cierra con llave —soltó el viejo.

—A mí solo pueden robarme las ideas y las tengo en el cerebro... Pero había algo más. Un muñeco.

—¿Un muñeco? —El viejo se encogió de hombros—. Bueno. ¿Cuándo estarás dispuesto a trabajar?

—No lo sé. Y si no puedes ayudarme vete al demonio.

Anduvo preguntando, pero nadie había visto nada. El no solía cerrar nunca con llave, sin embargo aquel corredor era bastante transitado.

—Cualquiera puede haber entrado, y quien ha robado el muñeco lo hizo a propósito para meterlo en la cama. ¿Por qué? —se decía para sí ya de regreso.

Después, de nuevo en su casa añadió dirigiéndose a Carol:

—Tratan de asustarme. Posiblemente esperan que dé un paso en falso.

—Pero ¿quién?

—Mira, Carol, cada vez estoy más convencido de que Dyan es inocente. Es más... Incluso pienso que puede correr un serio peligro... Si ella no se hubiese ido... yo no hubiera cargado con el cadáver, ni lo hubiese hecho desaparecer.

—Lo hiciste para protegerla. Es lógico.

—No es lógico encontrar un cadáver en la cama, Carol. Sólo que entonces pensé lo peor...

—Quizá alguien te vio y ahora traten de hacerte reaccionar.

—No. Creo que no. Y si me hubiesen seguido me habría dado cuenta. Tomé toda clase de precauciones...

—¿Y lo de la llave?

—Es otro detalle. Ahora ya sé para qué la querían. La han robado. ¡Cielos! La han robado a Dyan...

—Richard —empezó Carol lentamente.

No pudo continuar. El timbre interrumpió a la muchacha. Era Sheiland.

—Volvemos a vemos, señor Craig. Antes de lo que suponía...
¿Me permite pasar?

—¿Serviría de algo decirle que no?

—Seré breve, señor Craig. ¿Sabe algo de su esposa?

—¡No!

—Pues yo sí. Esta mañana ha sacado del Banco una suma de dinero.

—¿Cómo?

—Bueno, ya sabe lo discretos que son los Bancos en nuestro país. Nada de cifras. Con mucha insistencia conseguí averiguar que su esposa había retirado esta mañana una suma de dinero.

—¿Fue ella misma? —intervino Carol. Sheiland se volvió hacia ella y Richard la presentó.

—Es una amiga de mi esposa. Ella también está preocupada.

—¿Así que no han dado aún con la señora Craig? —comentó el policía.

—No. Y siga hablando del Banco.

—He venido para que averigüe usted la cantidad que ha sacado. Si es todo, puede significar que no tiene intención de volver. ¿No cree?

—Aún quizá me dé tiempo de ir al Banco —espetó Richard—. Lo siento, inspector. No puedo concederle más tiempo.

—¡Espere, señor Craig! —atajó Sheiland—. Fue su esposa la que retiró el dinero. El cajero la reconoció. Estuvo muy poco tiempo y se mostró bastante nerviosa. Es lo único que pude sacar.

Richard se fue de todos modos.

—¡Te acompaño! —Espeto Carol.

Sonó el teléfono en aquel instante y lo tomó la propia Carol.

—Diga. Diga...

No contestaron. Ella insistió y al fin colgó.

—Colgaron. Alguien que debía equivocarse —murmuró yendo hacia Richard.

Sheiland estaba en la puerta.

—Tal vez la persona que llamó esperaba oír otra voz —hizo notar el policía.

—Si le sirve de algo ya esta mañana ocurrió algo igual, Sheiland. Y ahora excúseme...

—¿Le llamaron y nadie contestó?

—Esto he dicho. Adiós.

—Le llamaré más tarde, señor Craig. Espero que me diga lo que deseo: saber sobre el dinero que retiró su mujer.

Richard: ya estaba en el auto y a su lado Carol. Arrancó a buena velocidad, mientras Sheiland hablaba por el teléfono de su coche.

—Con comunicaciones, por favor —pidió.

Richard y Carol estaban ya lejos, camino del Banco.

Estaba cerrado, pero dentro todavía quedaba alguien. Richard llamó.

—Está cerrado, señor.

—Necesito hablar con el cajero. Se llama Carpenter. Es un asunto personal.

—Un momento, por favor. ¡Ah! El señor Carpenter va a salir ahora. Lo encontrará por la otra puerta.

Richard y Carol corrieron por el callejón para alcanzar la salida de los empleados. Carpenter, un hombre que había envejecido detrás de los mostradores del Banco, conocía perfectamente a Richard.

—Buenas tardes, señor Craig.

—Me han dicho que esta mañana vio usted a mi esposa... La pregunta quizá pueda sorprenderle, pero tengo mis motivos para hacérsela.

Carpenter explicó que la policía estuvo hablando con el director aquella mañana.

—Naturalmente —añadió— los fondos de nuestros clientes son sagrados. Ya conoce las normas. No damos nunca cifras, ni datos que sólo incumben a los...

—Sí, sí, señor Carpenter... Lo que yo deseo saber es si habló usted con mi esposa.

—No. Como sabe, hay dos ventanillas. Ella suele venir directamente a la que ocupo yo, pero esta mañana fue a la de mi compañero. Yo no me había dado cuenta. Ella miraba hacia la puerta y consultaba el reloj como si tuviera prisa.

—¿Estaba nerviosa?

—Yo diría que sí. En realidad la vi sólo unos instantes, luego atendí a mi trabajo, cuando me volví para saludarla, ella ya había recogido el dinero y se iba. No me dio ocasión de hablarle.

—Otra pregunta... Mi esposa tomaba el dinero de mía cuenta conjunta.

—Sí, lo recuerdo.

—¿Sabe la cantidad que recogió esta mañana?

—Bien... aunque le pagó mi compañero, luego al repasar juntos me fijé en La anotación. Sí, creo que podré complacerle... Bueno, no quiero mentirle, La verdad es que casi canceló la cuenta. No nos extrañó porque últimamente había sacado fuertes sumas. Usted ya debe saberlo. Se le manda puntualmente el extracto de su cuenta.

—Sí, sí, claro. No es por el dinero.

—¿Ocurre algo, señor Craig?

—Nadar gracias, señor Carpenter.

Luego en el coche, y ante el anormal silencio de Carol que por una vez no sabía qué decir, Richard murmuró:

—¿Por qué habrá hecho esto?

La verdad es que costaba trabajo quedarse con ninguna de las dos posibilidades. ¿Había huido por miedo, o por abandonarlo?

Había otras formas de hacerse la pregunta: ¿había matado a Attemborough, o no lo había matado?

¿Era una víctima o era culpable de un asesinato?

¿La habían obligado a huir o todo aquello obedecía a un plan premeditado?

CAPÍTULO XVIII

—Lo extraño es que no te hagan preguntas más concretas — murmuró Carol en la cocina preparando unos bocadillos.

—Deja esto. Yo no tengo apetito.

—Algo tienes que comer, hijo. Guardar demasiado la línea es peligroso.

—Quisiera emborracharme, Carol. Esto es como una pesadilla.

—Te decía que si la policía sabe que Attemborough era un chantajista... deben tener ya sus sospechas... Y tienen que saberlo. ¿Verdad?

—Si Attemborough guardaba las pruebas en su casa, es natural que así sea...

—¿Por qué crees que no hablan con claridad?

—No lo sé. Ellos actúan a su modo. De lo que no hay duda es de que sospechan de Dyan.

—Pero no han encontrado el cadáver de Attemborough. Y sin cadáver...

El timbre del teléfono sonó en aquellos instantes.

—Diga —preguntó Richard con el auricular pegado en la oreja.

Silencio.

—Otra vez —exclamó Richard y colgó—. Eso no es casual. Lo están haciendo adrede. ¡Maldita sea! Es como hallarse encerrado en una ratonera. —Golpeó la mesa y el teléfono saltó. Vino Carol a tomarlo y tras dejarlo en su sitio intentó calmarle.

—Por favor, Richard.

—Dicen que sé tomarme las cosas con calma. Lo si coto. Ella le cogió de las manos, tal vez rememoró otras épocas. El la miró con cariño.

—Gracias, Carol. Tu compañía es como un sedante.

—Trato de ayudarte solamente.

Se hizo un silencio... casi embarazoso. El teléfono sonó de

nuevo. Richard lo tomó y murmuró:

—¿Por qué no habla de una maldita vez? —lo preguntó con suavidad, pero no obtuvo respuesta, sólo un leve respiración—. ¿Quién es? —insistió.

Aguardó mientras seguía el cansino respirar de la persona que se hallaba al otro lado del hilo.

Carol estaba pendiente de la actitud de Richard que seguía con el auricular escuchando.

De pronto surgió una voz. Hablaba muy quedamente.

—Richard... Si quieres ayudar a tu mujer ven a... —Colgaron.

—¡Oiga, oiga! —Richard tecleó insistentemente sobre el soporte del auricular, pero fue inútil, habían colgado.

—¿Quién era? —inquirió Carol.

—No lo sé. Alguien estaba tratando de decirme algo respecto a Dyan. Han colgado bruscamente.

Aguardó junto al teléfono una nueva posible llamada. Carol se sentó junto a él y ambos quedaron mirando el aparato.

Sonó de nuevo.

—¡Diga! —exclamó Richard esperanzado. En seguida hizo un mohín al reconocer la voz de Sheiland.

—Celebro encontrarle en casa, señor Craig.

—¡Diablo! Es usted...

—¿Esperaba otra llamada?

—¿Qué quiere, Sheiland?

—¿Qué ha averiguado usted en el Banco?

—Que mi mujer retiró dinero.

—¿Todo?

—Casi todo.

—Lo siento, señor Craig.

—¿De veras, Sheiland?

—Eso parece confirmar que le ha abandonado a usted.

—Sheiland... Dígame de una vez qué es lo que sospechan.

—Ya se lo dije. Su esposa es la única persona que nos puede conducir hasta Attemborough.

—¿Sólo por esto?

—¿Hay algún otro motivo?

—Esto lo sabrá usted, Sheiland.

—Tiene razón, señor Craig. Le voy a decir algo... Cuando

entramos en casa de su vecino no encontramos nada de valor. De valor real. Antigüallas, cosas de poca importancia, en fin, pero lo principal se lo habían llevado.

—¿Cómo?

—Su vecino tenía una caja de caudales empotrada en la pared, detrás de un cuadro. La encontramos abierta y vacía... Estamos tratando de averiguar si fue un robo o es que Attemborough decidió desaparecer. ¿Qué opina, señor Craig?

Richard intentaba pensar rápidamente.

—¿Qué quiere que opine?

Después de colgar murmuró:

—Si es cierto lo que me ha comunicado Sheiland, ¡no saben nada!

Y ante la curiosidad de Carol añadió:

—No había nada en la caja. Esto cambia las cosas...

—¿Quieres decir que... le robaron?

—Attemborough ha muerto. De esto estoy plenamente convencido. Pero ¿quién pudo robar la caja? Yo la vi. No había sido violentada.

—Hay expertos...

—No lo entiendo, Carol. No lo entiendo.

Era lógico que la policía anduviera desorientada. Era un extraño asunto.

De nuevo el zumbido del teléfono interrumpió los pensamientos de la pareja.

Aquella vez se trataba de nuevo de la llamada misteriosa. Richard percibió a través del hilo la fatigosa o acaso pausada respiración.

—¡Diga, hable! Le escucho.

Sonó la voz queda, apenas perceptible.

—Vaya a *Charing Cross*. Ahora mismo. Procure que no le sigan. Es al final de la *Pentoville Road*. Cuando llegue al cruce de *Calendonian* siga, hacia el norte. Segunda calle, encontrará un callejón a la izquierda. El número dos.

—Oiga... Oiga...

—Su mujer corre peligro, señor Craig. Dese prisa. —Y la voz enmudeció. Colgaron el teléfono y Richard repitió las instrucciones en voz alta.

—Te acompaño.

—No, Carol. Esto no me gusta, podría resultar peligroso. —Iba a salir, tras enfundarse la gabardina, pero optó por buscar algo en el cajón de un mueble del *living*.

Carol agrandó los ojos al ver que Richard extraía una pistola automática.

—Nunca se sabe —se justificó Richard.

—Te acompaño. Te prometo que me esperaré en el coche si quieres.

Él no contestó. No hacía falta. Carol, como un torbellino, ya estaba dispuesta.

CAPÍTULO XIX

Faltaba poco para llegar, después del largo trecho. Tras meterse por algunas callejas llegó a Pentoville Road.

—¡Charing *Cross*! —exclamó Carol recordando algo—. ¿Tienes el número de teléfono que conseguiste de la agenda de Attemborough?

—Sí. En el bolsillo buscó en el interior de su chaqueta con una mano mientras seguía con la otra al volante. —Tienes razón. Uno de los teléfonos pertenecía a Charing *Cross*.

Sacó la nota donde había, apuntado los números y lo entregó a ella.

—Nos estamos acercando —murmuró él, doblando la esquina de Calendonian—. Segunda travesía, un callejón.

—Para un momento, Richard. En la esquina. Hay una cabina. Sólo comprobar el número —interrumpió ella.

—No sé. Tengo una corazonada.

La cabina estaba justo al lado de la segunda travesía. Desde allí podía verse el arranque de un callejón que se perdía en una curva. Había cientos parecidos en todo Londres.

Ella salió del coche y se metió en la cabina. Había escaso tráfico por el sector y menos en las estrechas calles que desembocaban en la Calendonian.

Carol, en el listín de la cabina, buscó el sector y comprobó el nombre anotado por Richard. «Smith, Charing *Cross* 23-23-2».

—¡Ahí está! —Salió de la cabina con aire triunfante.

—¿Qué has encontrado?

—Ese teléfono pertenece al número dos de la esquina de Euston... Es justo donde vamos. Callejón de Euston. Desde luego no está a nombre de Smith.

Richard, que había puesto el auto en marcha, lo detuvo antes de

llegar al callejón.

—¿A quién pertenece ese teléfono?

—Pone sólo unas siglas. Debe ser un teléfono de vecinos o algo por el estilo. Hay otro número que pertenece a una lavandería. Es una extensión.

—¿Una lavandería...? Bien, quédate aquí.

—¡Richard! Tienes que darte cuenta... Ese número estaba en la agenda de Attemborough. Y te han citado justamente a esta casa. Puede ser una trampa.

—Ya cuento con ello —y metió la mano en el bolsillo de la gabardina para sentir el contacto de la pistola. Luego avanzó dejando a Carol sola en el coche, angustiada, nerviosa, temerosa de algo como si un sexto sentido le anunciara la inminencia del peligro.

Richard se perdió en la curva del callejón hasta llegar a la puerta número dos. En realidad era la única. El callejón no tenía salida.

Se colocó junto a la puerta de madera y tras escachar unos instantes, empujó.

La puerta estaba abierta y gruñó al girar sobre sus goznes. En el interior la oscuridad era total. Richard sacó su pequeña linterna para orientarse.

Se encontró en un recinto estrecho, no medía más de un metro y tendría unos tres de largo. Allí precisamente arrancaba la escalera de desgastados peldaños. Las paredes estaban sucias y enmohecidas, olía a humedad.

Comenzó a subir la escalera. Contó siete escalones y al llegar al rellano vio otro tramo que bajaba por el lado opuesto dirigiéndose a un sótano, porque esa bajada tenía mucha mayor profundidad.

Enfocó la luz hacia la parte lateral izquierda y vio que allí continuaba la escalera hacia una puerta final que cerraba el paso.

Eligió los peldaños y antes de llegar al último rellano contó diez.

Avanzó hacia la puerta y se pegó al lado, escuchando a través de la madera. No oyó el menor ruido y buscó el pomo que comenzó a girar lentamente.

Escuchó el chasquido característico y empujó. La puerta estaba abierta.

Apagó la linterna y trató de habituar sus ojos a la oscuridad, cosa difícil porque allí era total y absoluta.

Entreabrió la puerta unos treinta o treinta y cinco centímetros y notó en seguida una temperatura extremadamente caliente. La casa o lo que fuera tenía un olor extraño, característico de algo, pero Richard no supo asociar con qué exactamente.

Se metió dentro y tanteó el terreno avanzando los pies con lentitud.

Tenía la sensación de no hallarse solo, pero temía delatar su presencia encendiendo la linterna o buscando una luz. Si alguien le aguardaba con malas intenciones tendría que luchar con las mismas armas. Es decir, en la oscuridad.

Se apartó de la puerta y se pegó a la pared. Con la cabeza chocó levemente con algo... Era el conmutador de la luz.

Aguardó allí y trató de aclimatarsse al lugar. Avanzó un pie y lo retiró al rozar levemente algo de madera, una silla tal vez.

La sensación a causa del calor reinante era realmente bochornosa y a Richard aquella espera se le hizo insoportable. Agarró bien la pistola y tanateó de nuevo la pared en busca del conmutador que momentos antes había notado.

Calculó bien sus movimientos y accionó la palanquita para iluminar el lugar.

La luz se hizo de pronto. Richard tenía la pistola en la mano y los reflejos dispuestos a actuar.

Miró en derredor.

Nadie.

¿Qué era aquello?

Recorrió una y otra vez la estancia. Era rectangular. De unos cuatro metros por seis. Al fondo había una puerta.

Había un tresillo desgastado, sucio con abundantes rotos en el tapizado, una mesa que había perdido el barniz si es que lo tuvo alguna vez, una cómoda y un camastro deshecho en el rincón cercano a la puerta.

La habitación era totalmente interior. No había ni hueco ni ventana.

Cerca de la puerta otra mesa con un hornillo y cacharros sucios.

Sí, olía a suciedad... Y a algo más. Quizá... quizá como una especie de perfume.

¡Sí! ¡La loción que solía ponerse su esposa!

¿Por qué le habían citado allí?

Avanzó hacia la otra puerta que estaba entornada y a medida que cruzaba diagonalmente la estancia el olor a la loción se confundía con el de un retrete sucio y un desagüe apestoso. Aquello debía ser el cuarto de los servicios.

Abrió la puerta. La pieza era más grande de lo que podía esperarse en una pocilga como aquélla, pero no fueron los objetos ni las dimensiones de aquel cuartucho que hizo que los ojos de Richard se abrieran de par en par.

La mirada del joven estaba clavada en el cuerpo que yacía en el suelo.

Era el cuerpo de una mujer con los ojos desmesuradamente abiertos.

No pudo contenerse y exclamó:

—¡Dios mío, Dyan!

CAPÍTULO XX

Sí. Era su mujer. La habían estrangulado. Quien lo hizo debió utilizar unos guantes de goma que estaban al lado de su cadáver.

Se quedó como obsesionado. Estaba sudando, por el calor.

Ni siquiera se dio cuenta que no estaba solo. Varias personas se hallaban detrás de él. Lo advirtió al oír más fuertes las pisadas. Se volvió y reconoció al oficial Sheiland al que le acompañaban un par de hombres. En la puerta se hallaban otros dos policías de uniforme.

—Lo siento, llegamos tarde —murmuró el policía.

—No lo comprendo. Recibí una llamada telefónica —comentó Richard como si hablara consigo mismo.

—Lo sabemos. Su teléfono estaba intervenido por orden mía. Me dio la idea cuando me habló de esas llamadas. Llegamos aquí un poco antes que usted. Ella ya estaba muerta, señor Craig. Espero que no haya tocado nada.

—Los guantes... La han estrangulado con esos guantes.

—Sé que es doloroso para usted, pero tendremos que seguir haciéndole preguntas... Usted nos oculta algo. Esto es evidente. ¿Quiere acompañarnos? Puede ir con su propio automóvil si lo desea. ¿Ha venido solo? ¿O le acompaña esa amiga de su...? Bueno, esa señorita Carol.

Estaban en la calle y lo primero que Richard pudo comprobar es que Carol no estaba en el coche.

—Es extraño... —murmuró Richard.

—Bueno. Quizá ha visto los coches. O conozco muy poco a las personas o esta señorita es muy desconfiada. Debe pensar que hemos venido a detenerle. Podemos esperar si quiere. Yo no tengo prisa.

Los hombres de Sheiland se habían quedado en el lugar donde apareció el cuerpo de Dyan. Se había llamado para que el equipo de laboratorio hiciese las gestiones pertinentes a fin de emitir el

informe.

—¿Conoce a alguna persona de la lavandería? —inquirió Sheiland.

—No.

—Es asfixiante el calor que hace ahí. Es lógico. Las máquinas funcionan día y noche y tienen calderas de vapor... Debe resultar imposible vivir aquí. ¿Había estado usted antes?

—No. Me llamaron por teléfono. Usted ya sabe.

—Sí, sí, pero su esposa...

—Creo que no conocía muy bien a mi esposa, Sheiland. No sé qué pensar... Ella ha muerto, se lo contaré todo, a condición de que no echen el lodo sobre su cadáver.

—Sabemos que en este caso es necesario andar con la máxima discreción, señor Craig... Sabemos quién es Attemborough.

—¿Saben...?

—Carecemos de pruebas materiales... Alguien se nos anticipó llevándose lo que él guardaba en su caja fuerte, pero existe un testimonio muy valioso, gracias al cual sabemos que Attemborough vivía del chantaje. ¿Su esposa... era una víctima, verdad?

—Sí, pero no me pregunte la causa de ese chantaje, porque eso sí que no se lo diré.

—No importa... Puede hablar aquí mismo si lo desea...

Fueron al puesto de policía. Carol había desaparecido como tragada por la tierra.

Richard contó a Sheiland lo ocurrido aquella noche a partir de su regreso a casa.

Explicó el traslado del cadáver y terminó con un interrogante:

—Lo que nunca llegaré a comprender es por qué esta mañana fue a retirar el dinero del Banco.

—Eso está claro, pensaba marcharse.

—¿Por qué?

—Bueno. Mató a Attemborough y se asustó...

—Pero ella tuvo que enterarse por el periódico que no encontraron su cadáver...

—No se deje cegar por su amor, Craig. Ella huyó dejándole con el muerto. Toda una papeleta.

—Ella no pudo matar a Attemborough.

—Si no hubiese hecho desaparecer el cadáver ahora lo

sabríamos.

—Le apuñalaron. Mi esposa no pudo hacerlo...

—Pudo golpearle primero, dejarle semiinconsciente... La culpa es suya, Craig... Esto nos va a dar mucho trabajo.

—Sheiland. Había alguien más en todo esto. Recuerde el robo de la caja. Lo sé. Ella no pudo abrir la caja. ¡Qué sabía de abrir cajas de caudales!

—Hace poco me dijo que no conocía a su mujer...

—Entonces, ¿quién la ha matado, Sheiland? ¿O piensa que se estranguló ella misma?

—Es evidente de que hay alguien más, Richard, y yo se lo diré aunque no le va a gustar. Se trata de la persona que le atrajo hacia esa casa, seguramente con el fin de que le encontrásemos allí y le acusáramos, una persona que es... su cómplice, el cómplice de su esposa.

—¿Cómplice?

Y Richard pensó en lo que les había dicho la señora Dalton de Bristol: «Alguien la había llamado por teléfono».

—Esto era algo muy bien planeado. Seguramente su esposa y ése cómplice lo idearon hace tiempo. ¿Qué amigos tenía ella aparte de Attemborough?

—No lo sé. No tenía, que yo sepa. Únicamente Carol.

—Piénselo bien, señor Craig. Puede ser otra víctima del chantajista. Ambos se unieron, y ahora usted puede ser la siguiente víctima.

—¿Por qué?

—No sé, han tratado de asustarle. ¿Verdad? Usted ha dicho que ese muñeco había vuelto «sofrito» a su casa.

Richard también había mencionado el detalle, contándole de pasada que lo hizo precisamente para asustar a Dyan, de forma que ella se le confiara, que podía parecer absurdo, pero deseaba salir de dudas..., a cualquier precio y por cualquier medio.

—Bueno, no es tan fácil asustarme. Además, ¿para qué? Si querían hacerme pasar como el asesino de mi propia esposa les ha salido mal.

—Volverán a intentarlo...

—¿Por qué?

—Quizá posea usted una prueba comprometedor para... el

culpable o culpables.

—Yo no tengo ninguna prueba... Nada en absoluto.

—¿No vio nada en su casa aquella noche? ¿O encontró algo en su casa?

—Sí, la llave de mi esposa, primero no estaba, luego la devolvieron. Debió ser fácil para quien metió el muñeco en la cama, pudo entrar tranquilamente.

—Eso es un detalle inconfundible, digamos una norma de estilo corriente, le mantienen en tensión, quieren que se mueva, esperan la ocasión. Piense... Recuerde.

—Es inútil, Sheiland.

—Bien, puede irse a casa por esta noche, pero no abandone la ciudad bajo ningún pretexto. Mañana nos acompañará a ese lugar donde arrojó usted el cadáver, no lo olvide, no abandone Londres.

Cuando Richard salió, el capitán comentó con Sheiland:

—Debió detenerle. Ocultó una prueba.

—Lo sé, señor, pero yo sé que Richard Craig oculta algo y el mejor medio de averiguarlo es dejándole suelto.

—Espero que su experiencia de resultado, Sheiland.

CAPÍTULO XXI

Richard no entró el coche en el garaje, lo dejó junto a la puerta y se quedó pensativo... Pensaba en las palabras de Sheiland... «Iban a par él».

Por una «prueba» que podía comprometer al cómplice de su esposa.

Un suave crujido de la tierra al ser pisada le hizo ponerse en guardia. Se pegó al portal del garaje y aguardó.

El ruido apenas perceptible remitió para oírse de nuevo. Richard, que conservaba aún la pistola en su bolsillo, la sujetó con la mano.

Evidentemente alguien se aproximaba. Estaba cerca, la oscuridad impedía verle.

«Está detrás del garaje», se dijo Richard. Empuñó la linterna y corrió hacia la esquina. Enfocó la luz y apareció la impávida faz del agente Charlie.

—¡Quieto! —exclamó Richard.

Luego, al reconocerle, apagó la linterna y exclamó:

—¿Es que no descansa usted nunca, Charlie?

—Ahora voy a terminar mi servicio. Espero el relevo.

—¿Y lo espera detrás de mi garaje?

—Hago mi ronda. Con su permiso... ¡Oh! Llera un arma... Me apuntaba usted.

—Creí que era un ladrón. No se preocupe, tengo licencia.

Charlie se alejó erguido para continuar su ronda.

Richard volvió a sus pensamientos, contrariado por la aparición del policeman.

Dio la vuelta a la llave para entrar en su casa y apenas cerrar escuchó un mido dentro.

¡Aquella vez no podía ser Charlie!

Sin encender la luz avanzó hacia el dormitorio. La alfombra

ahogaba sus pisadas.

Al ir a meterse en el paso donde se abría la puerta del baño surgió la voz.

—¡Oh, Richard!

Se encendió la luz y apareció Carol.

—Debo tener los nervios a flor de piel. ¿Dónde diablos estabas?

—Descubrí los coches de la policía, pero ya era demasiado tarde para avisarte. No sé lo que pensé. Me escondí... Luego te vi bajar acompañado de ese Sheiland y se me ocurrió que te llevaban detenido... Y que a lo mejor me detendrían a mí también... He estado buscando un buen abogado. Yo no conozco ninguno...

—Bueno, ahora eres tú la que debe tranquilizarse. He contado todo a Sheiland. Seguramente tendré que afrontar un juicio por ocultación de pruebas...

—¿Qué ocurrió allí, Richard? En *Charing Cross*.

El le explicó lo del hallazgo del cadáver de su esposa. Carol mantuvo su presencia de ánimo. Parecía que lo hubiese estado presintiendo.

—Sheiland dice que yo sé algo más. Es lo que él cree, pero esta vez está en un error... —concluyó Richard.

—Será mejor que te busques un abogado. He consultado en tu listín de direcciones, pero no encuentro a...

—¡Un momento! Listín de direcciones. —Las palabras de la muchacha acababan de darle una idea—. ¡La nota!

—¿Qué nota?

—Te la di a ti. La de la agenda de Attemborough.

—¿Eh? Sí. La metí en... —Buscó en el bolso, luego en la gabardina.

—No la encuentro.

—¡No puedes haberla perdido, Carol! Ésta puede ser la prueba. ¡Claro! El teléfono de *Charing Cross* estaba en la agenda y pertenecía al lugar donde mataron a mi esposa... Hay que averiguar a quién pertenece el otro.

Pero Carol seguía sin encontrar el papel.

—Debo haberlo perdido en la cabina.

—¿Estás segura? Tendremos que volver... O si no tendré que entrar de nuevo en la casa de Attemborough. Sí... creo que esto será más fácil.

Ya se había dispuesto a salir cuando vio a través de la ventana y cerca de su casa a Charlie hablando con otro policeman, su relevo.

—Otra vez éstos...

Ella había cogido la gabardina de Richard y murmuró:

—No es necesario que salgas, recuerdo el número. Era de Maida Vale.

—Tienes buena memoria. Bien, ¿qué número?

Ella vaciló, pero al fin dijo:

—Rotten Street. Lo he estado buscando... mientras tú no estabas.

Daba la sensación de ocultar algo. Richard la miró insistentemente.

El número, Carol.

—El diecisiete. Es un estudio privado. Su propietario se llama Brown.

—¡Brown! ¡George Brown!

—Lo hubieses averiguado de todas maneras, pero na irás...

—¿Qué dices?

La muchacha sacó rápidamente la mano del bolsillo de la gabardina de Richard. Sostenía la pistola y le encañonó.

—¡Carol! ¿Qué significa esto?

CAPÍTULO XXII

—Hay algo que no te he contado; Richard. Lo siento... Tenía que ocultarlo. Ahora ya no importa...

—¡Carol!

—No quiero que te maten, Richard. No quiero —dejó de apuntarle y dejó el revólver sobre la mesa cercana al sofá donde se dejó caer.

Luego empezó:

—Te mentí... Dyan estuvo en mi casa, cuando huyó de la tuya, y no iba sola, únicamente que el hombre que la acompañaba se apeó en el camino. Ella me contó horrorizada hasta dónde había llegado...

Richard seguía con el máximo interés aquel insólito relato.

—Sí... Ya no podía más. Attemborough la atosigaba. Perdió la cabeza y decidió matarle. Alquiló a un hombre. En realidad no tuvo que convencerle demasiado. Él también iba detrás de Attemborough por una extraña coincidencia.

—Brown... Ahora comprendo. Sonia, una starlett del estudio también era víctima de Attemborough. Le descubrió una vez que vino a casa acompañando a George Brown. Debió contárselo todo...

—Sí. Supongo que fue así, aunque de esto no estoy tan segura. Cuando Dyan me confesó la verdad, estaba al borde de una crisis...

—Ahora todo empieza a ser más claro... La mañana que Charlie, el policía, multó a Brown... No venía a mi casa, salía de ella. Fue él quien depositó el muñeco en mi cama. Luego dejó la llave que Dyan le había entregado y la dejó colgada. En su huida precipitada equivocó la calle y trató de escapar del guardia metiéndose en dirección prohibida. Luego me hizo creer que venía por sus asuntos con Sonia... Pero no comprendo cómo Dyan pudo llegar a...

—Ella me dijo que había visto a George merodear la casa. Le sorprendió intentando entrar una noche que tú no estabas.

Attemborough tampoco se hallaba en su domicilio. George pensó que ella le delataría y le contó algo. Dyan, en su ofuscación, pensó que el destino le ponía aquel hombre en su camino para librarse de Attemborough. Entonces surgió la idea de eliminarlo.

—¡Dios mío!

—Esa noche. La que tú le preparaste el muñeco ya lo tenían planeado. Fue Dyan la que llamó a Attemborough para dar tiempo a que George Brown penetrara en su casa y robara los archivos comprometedores. Parece que entiende algo de cajas, el caso es que cuando terminó el trabajo entró por la puerta trasera de la cocina de esta casa y sorprendió a Attemborough cuando éste menos lo esperaba. Le golpeó y le apuñaló. Tuvieron que permanecer algún tiempo en la casa porque un incidente hizo que por la calle transitaran agentes de policía.

—Sí, lo sé. Entre Charlie y Sheiland me lo contaron —adujo Richard.

Carol prosiguió:

—El «Rolls» debió robarlo Brown en alguna parte, digo yo. El caso es que cuando Dyan llegó a mi casa estaba materialmente deshecha. Necesitaba desahogarse con alguien y me lo contó todo. Le aconsejé que explicara la verdad. Le dije que lo que había hecho era monstruoso, no ya el crimen, sino dejarte el cadáver allí... No quiso hacerme caso. Es decir cuando salió de mi casa no concretó lo que iba a hacer. Cuando me llamaste comprendí que no había tenido el suficiente valor para venir a explicártelo.

Richard se restregó el rostro con las manos. Carol prosiguió.

—Es cierto que si antes no te lo había dicho fue por no perjudicar tu carrera. Ésa es la realidad.

—Llegó demasiado lejos.

—Sí. Tú lo has dicho. Por eso creyó que era demasiado tarde. Cuando viniste a verme me costó mucho fingir, pero no podía ser yo quien te contara la verdad, pero al mismo tiempo estaba intranquila, yo también deseaba saber de ella...

Hizo una pausa y añadió:

—Debió ocurrírsele lo de refugiarse en Bristol.

—Sí. Y lo dijo a Brown. Necesitaba protección y pensó que él se la daría... ¡Y la mató!

Se levantó raudo y tomó el revólver. Carol volvió a gritar:

—¡No!

—El terminó de hundirla. ¡Matándola, Carol! Era un estorbo y la mató... —Luego repitió las señas y añadió—: Pero... ¿cómo tenía sus señas Attemborough? Eso no encaja...

—Se me olvidaba... George Brown intentó primero asustar a Attemborough. Le llamó algunas veces.

—¿Te lo contó Dyan?

—Sí. Era el plan primitivo. Quería atraerlo a su estudio y le dio esos números de teléfono para que él le llamase, pero Attemborough debió temer algo y aunque llamó no acudió a la cita. George Brown aceleró el final ante el temor de que pudiera ser descubierto.

—Sí. Eso ya concuerda. Pero Brown al tener sus cosas y no encontrar anotados los números —sus propios números— que él le facilitó debió volver...

Tras una pausa añadió:

—¿Cómo podía suponer que los tenía yo?

—Porque tu esposa también los tiene anotados en su agenda... Mira. —Y le mostró una pequeña libre tita—. Lo encontré en su bolso. Estaba en Un rincón del baño con la ropa sucia, debió caérsele aquella noche, después de presenciar el crimen...

—Por eso no lo encontró, porque seguro que al dejar el muñeco, buscaría esa agenda.

—Es posible. Pero él sabía que si tú te dabas cuenta podías sospechar...

—Entonces tú... cuando fuimos a Charing Cross sabías que íbamos a una de las señas de Brown.

—No, Richard. Dyan me habló de números, pero no me dijo nada más. Tú los habías encontrado en casa de Attemborough, y Dyan sólo me habló de números de teléfono, pero no habló de nombres ni direcciones. Sólo mencionó a Brown... y los que tú anotaste no correspondían a ese hombre. Se me ocurrió de pronto la idea cuando íbamos a esa casa...

Luego, indicando la agenda de Dyan, añadió:

—Esto acabo de encontrarlo hace poco... mientras te esperaba.

—Está bien, Carol. Ahora ya sé quién es el asesino de Dyan.

—¡No! ¡No vayas! Llama a la policía. Que sean ellos.

—Brown tiene que llevarse lo suyo. Mi esposa pude cometer un

error... o varios..., pero sin ese canalla de por medio seguiría viva.

Y sin que de nada sirvieran las súplicas de Carol, Richard salió fuera.

Al volante de su coche no tardó en darse cuenta de que era seguido. Aceleró la marcha dispuesto a no dejarse alcanzar.

El coche policial aceleró a su vez.

Richard había hecho de aquello una cuestión personal y no quería interferencias de nadie. Metió el auto en un callejón. La estrechez sólo permitía el paso de un solo vehículo. Allí frenó bruscamente y salió del auto corriendo.

Los dos agentes que iban en el otro coche al darse cuenta de la maniobra pusieron la marcha atrás para dar un rodeo, pero Richard había cruzado la otra calle transversal y avanzaba hacia la estación del metro. Bajó rápidamente la escalera y poco después tomaba el primer tren.

Los de la policía pedían refuerzos, pero éstos llegarían demasiado tarde porque Richard se había apeado en la siguiente estación y tomó un autobús nocturno en dirección opuesta.

Unas paradas más allá, saltó del vehículo y alcanzó un taxi que se vaciaba en la esquina.

Diez minutos más tarde se hallaba en Maida Vale. El coche se detuvo en la Rotten Street frente al Húmero diecisiete.

CAPÍTULO XXIII

Llamó y aguardó unos instantes. Nadie respondía, pero sabía que el estudio no estaba desocupado. Era la hora que George trabajaba con sus modelos. A menos que...

Richard, sin vacilar, tomó impulso y caigo contra te puerta. Se abrió al segundo intento y la cerradura quedó colgada.

Una luz rojiza iluminaba la estancia. Al fondo unas cortinas ocultaban el estudio propiamente dicho.

La voz de George surgió a la espalda de Richard. George acompañaba su saludo con un revólver en la mano. Richard tenía el suyo en el bolsillo de la gabardina y lamentó no haberlo Llevado en la mano, aunque no era con las armas con lo que quería solucionar oí asunto.

—Te esperaba. Tú y tu detective aficionada teníais que descubrir la verdad. Te he estado vigilando, Richard. La estúpida de tu mujer tenía demasiado miedo y el miedo hace cometer errores, como conservar mis números de teléfono...

—¿Y por eso la mataste?

—¿Qué querías que hiciera, casarme con ella?

—¡Canalla!

—Ella y yo teníamos fines distintos. Dyan buscaba la muerte de un chantajista para que la dejara en paz... A mí me interesaba más lo «otro»... Su archivo. Me llamas canalla... Si leyesees ciertos informes secretos que guardaba Attemborough te asombrarías la cantidad de canallas que existen en nuestro país.

—Y ahora piensas matarme a mí también. Olvidas que mi casa está vigilada y que mi detective aficionada sabe dónde estoy.

—¿Y qué?

—Lo sabe todo. Dyan se lo contó a ella aquella noche.

—¡No es cierto! —George cambió la expresión de su rostro—. Lo dices para confundirme. Ella sabe que estás aquí, puede tener una

sospecha, pero no podrá probar nada.

—Te lo repito, George. Carel lo sabe todo.

—¡Dyan! Con razón no quería fiarme... Debí haberla matado allí mismo... ¡Maldita sea! Luego me pidió protección. Tuve que sacarla de Bristol...

—¡Asesino! Le hiciste sacar el dinero del Banco para redondear tu canallada... —Y Richard sin medir las consecuencias se lanzó contra George que sorprendido intentó disparar, pero el balazo salió desviado.

Richard con más ímpetu le desarmó retorciéndole el brazo con una llave perfecta para seguir con un buen gancho de derecha que le derribó contra un estante.

Saltó de nuevo sobre él, embalado ya en la lucha. En el suelo, sin dejarle levantar, le sacudió una y otra vez de forma precisa y contundente, hasta que una voz a su espalda le obligó a detenerse.

—¡Se acabó, Richard! Levántate y levanta también las manos. Bien mirado no quiero que me lo estropees..., Es atractivo...

Richard había reconocido perfectamente aquella voz.

Era Sonia.

Richard se volvió. Sonia avanzó unos pasos y se inclinó a recoger el revólver que antes sostenía George y apuntó a Richard con él dejando el suyo sobre un mueble del rincón.

—Creí que odiabas a George. Todo ha sido una comedia.

—Hasta cierto punto, Richard. Yo deseaba que encontraras esas señas. Lo deseaba. ¿Sabes?

George comenzaba a reponerse. Sonia obligó a Richard a colocarse con las manos apoyadas en la pared.

—Si llevas algún arma, suéltala. Con cuidado.

—¿Por qué no la sacas tú misma de mi bolsillo?

George se levantó en aquel instante y al ver la situación se abalanzó sobre Richard y le derribó de un golpe en el costado.

—¡Maldito! —rugió al tiempo que Sonia gritaba:

—¡No! Sólo me interesa su revólver. Quítaselo.

George obedeció aún no repuesto por completo de los golpes. Sacó el arma de la gabardina de Richard y ella, avanzando, se la pidió.

—¡Dámela! ¡Vamos! —Y se quedó con las dos.

Richard se incorporó entonces y teniendo a George a un par de

palmas le sacudió un directo lanzándole nuevamente contra el suelo.

—¡He dicho que basta! ¿Queréis que os mate a los dos ahora mismo?

—¡Eh! —exclamó George—. Te lo has tomado muy en serio. Tú y yo somos socios...

—Eso es lo que tú te has imaginado hasta este momento, querido y detestable George Brown...

La perplejidad de Richard no era tanta como la de George Brown. Richard empezaba a comprender la realidad de aquel canallesco juego de mentiras.

CAPÍTULO XXIV

Sonia soltó todo su odio.

—Aborrezco a los hombres. A todos... Sin excepción... Ellos se sirvieron de mí. Fui sólo un objeto y cuando podía ser feliz otro hombre arruinó mi carrera.

—Attemborough —murmuró Richard.

—¡Sí! Y juré vengarme algún día... De él y de todos... Juré que algún día me serviría de ellos.

—Y se te presentó la idea aquel día que comprobaste que era vecino de mi casa —adujo Richard nuevamente.

—Exacto. Entonces conté la verdad a George. George es un canalla que se las da de simpático, pero tiene menos escrúpulos que una serpiente. Hicimos un trato entre los dos. Puesto que Attemborough me había extorsionado, nosotros le robaríamos su archivo y seguiríamos su labor... Con su muerte incluida...

—Y entonces apareció mi mujer que aún facilitó las cosas —terció Richard.

—Bastante. Ésa es la verdad.

—¿Y ahora?

—Ahora ya tengo lo que deseo...

—¿Por qué mentiste respecto a George? ¿Por qué fingiste que no te importaba en absoluto?

—Porque era la verdad, Richard... No me importa, ya ni me importa... ¡Mira! —Y al decirlo apretó el gatillo de la pistola de Richard. George iba a dar un paso hacia la muchacha, pero la bala frenó para siempre el impulso del cómplice.

Sorprendido por la muerte que le llegaba de la forma más inesperada, abrió la boca y cayó de bruces.

—El ruido no se oye. Esto está muy bien aislado y además no hay vecinos —aclaró ella con un brillo maléfico en la mirada.

—Sonia. ¿Te das cuenta...?

—¡Tenía que mentirte, Richard! —espetó ella—. Tenía que seguir siendo la muchacha que pretende ser decente... La muchacha arrepentida de su pasado... Si me hubieses visto demasiado con él me habrías incluido en tus sospechas...

—Tienes la maldad en el cuerpo.

—Me han hecho mala, Richard. Han sido los hombres.

—Uno te quiso. ¿Verdad? Tú me lo contaste. ¿O también era mentira?

—¿Me quiso? ¡Maldito! Era un maldito puritano. También te lo dije. Se hubiese alejado de mí de haberle explicado mi pasado en los tablados de *strip-tease*... También le odio.

—¿Y ahora?

—Ahora te mataré a ti también, Richard, porque lo sabes todo... No me importa que tu amiga sepa que estás aquí. Cuando descubran vuestros cadáveres pensarán que os habéis matado mutuamente. Carol dirá que Brown era el asesino que buscaban y todo el mundo comprenderá la venganza...

Richard quedó inmóvil. Comprendía que Sonia podía disparar de un momento a otro, como ya había demostrado con George Brown, pero aún tenía algo que decir. Rió al hacerlo.

—Lo de que tu esposa sacase el dinero también fue idea mía... Pero no sabes lo mejor. Ella firmó el cheque hace tres días... con fecha de hoy... La que fue a cobrar al Banco era yo. ¿Sabes? Tu Dyan ya estaba muerta esta mañana. ¿No es una buena coartada? Ya procuré que no me viesen demasiado. Soy estrella, no lo olvides... Y George entendía mucho de maquillaje. Trabajó una noche entera para confeccionarme la mascarilla adecuada.

—No valía la pena... La policía descubrirá que mi esposa murió antes.

—¿En aquel horno? El calor, Richard, retrasa el *rigor mortis*. ¿No lo has leído? Esa alta temperatura les hará vacilar a la hora de dictaminar la muerte. Claro que esto ahora ya no tiene importancia.

—Evidentemente no la tiene.

—Para él sí. Pretendía que te acusaran del asesinato de tu propia esposa para así quitarte de en medio. A mí me daba igual. Yo ya había dictado vuestra sentencia... pero no me importó hacerlo. Sabía que así sufrirías...

Richard avanzó un paso.

—Eres peor que el demonio.

—Con él irás si vuelves a moverte. No voy a dejarme sorprender. Vuelve atrás. Allí, cerca de la ventana. ¡Vamos!

Eran los últimos momentos. Richard no encontraba el modo de salir del atolladero. Se fijó en la lámpara de sobremesa. Tal vez si pudiera cogerla.

No fue necesario. Una voz surgió detrás de Sonia. Allí en la puerta.

—¡Quieta!

¡Era Carol! ¡La inefable y oportuna Carol!

Sonia se revolvió sorprendida. Fue suficiente para que Richard saltara sobre la muchacha.

Forcejearon unos instantes, pero Richard consiguió arrebatarse el arma.

Sonia no había dado la batalla por perdida, fingió sumisión al levantarse, pero corrió hacia el mueble donde había dejado la primera pistola que sacó.

—¡Cuidado! —gritó Carol.

Richard ya estaba de nuevo sobre Sonia para evitar que pudiera alcanzar el arma. La empujó echándola al suelo, al tiempo que gritaba:

—¡Basta!

Y como un eco la voz de Sheiland sonó también:

—¡Basta! Ya me han dado bastante trabajo. Sobre todo usted, Craig. ¿No le habría resultado más fácil dejarse seguir o contarme a mí dónde iba? Menos mal que a su amiga se le ocurrió tomar la misma ruta y aunque intentó despistarnos tuvo menos suerte que usted. De lo cual puede dar gracias. ¿No es así, Craig?

Intervino Carol.

—Fue ella. Señaló a Sonia. ¡Ella! Mató a George Brown... Yo no sabía cómo impedirlo. Sin armas... ¡Oh! Creo que me voy a desmayar.

—Estoy seguro de que no.

Pero Sheiland se equivocó y fue Richard quien impidió que el vahído de Carol la hiciera chocar contra el suelo.

—Dele un poco de coñac o algo fuerte. Por aquí debe haber. Yo lo buscaré. Hay que tener cuidado con las huellas.

Sonia, acorralada, adoptó una actitud sumisa. Todo su odio

parecía haberse esfumado. Se acurrucó en un rincón mirando fijamente a un punto inconcreto. Todo lo que sucedía a su entorno parecía no importarle en absoluto. Estaba vencida. Nada le importaba ya. Tal vez... había perdido la razón.

EPÍLOGO

El misterio se había desentrañado. Todo quedaba resuelto. Faltaba el informe, luego habría el juicio para Richard, pero quedaba tiempo. El seguiría libre bajo fianza, luego... Bueno, luego habría tiempo de empezar de nuevo... La sonrisa de Carol al volver en sí era una promesa para el futuro.

—He pasado mucho miedo. Creí que Sonia te iba a matar. —Y se abrazó suavemente a Richard.

FIN



DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE

CORIN TELLADO

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que
refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inago-
tables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca
del Amor.

APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.



